

Sabato, Arlt, Premelo L. Alberto. Los Trabajadores de Buenos Aires: La Expe-  
riencia del Mercado, BsAs, Sudamericana, 1992  
Introducción y cap. III y cap. 9

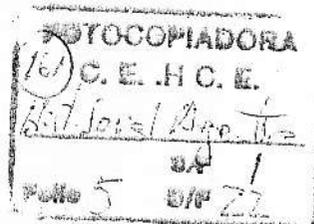
U.T

Diseño de tapa: Mario Blanco

## Introducción

Hacia 1880 culminó en la provincia de Buenos Aires un proceso que, iniciado varias décadas antes, se aceleró a partir de mediados de siglo: la formación de un mercado de trabajo libre y unificado. Fue éste uno de los aspectos centrales del proceso más amplio de construcción del capitalismo en la región, cuyo desarrollo posterior estuvo fuertemente marcado por los rasgos madurados en esa etapa formativa. El perfil que el mercado de trabajo tenía hacia 1880 resultó del camino seguido para proveer de brazos a una economía en extraordinaria expansión. En pocas décadas, y con la participación decisiva del estado, se construyó una oferta de fuerza de trabajo libre, que muy pronto se caracterizó por su movilidad geográfica y ocupacional y su escasa especialización. Los mecanismos mercantiles se generalizaron, y para la mayor parte de los habitantes de Buenos Aires la experiencia del mercado de trabajo pasó a ocupar un lugar central en su vida. Los resultados de esta etapa de formación del mercado laboral fueron, pues, decisivos, tanto para el perfil que fue adoptando el capitalismo en la región como para la transformación profunda que simultáneamente fue experimentando la sociedad.

En este libro nos internamos en esa etapa que va desde mediados del siglo pasado hasta los comienzos de la década de 1880, para construir una historia en el cruce de dos procesos: el de la conformación del mercado de trabajo en Buenos Aires y el de la transformación de las condiciones laborales para los trabajadores de la provincia. Nos preguntamos por qué y cómo se organizó el mercado, qué rasgos tuvo la demanda, cómo se constituyó la oferta. Pero sobre todo, nos interesa la relación de estos trabajadores con el mercado en formación: cuántos y quiénes eran éstos, cuáles eran sus vínculos con el mercado de trabajo, cómo organizaban su vida laboral, qué posibilidades tenían de alcanzar y conservar su autonomía.



IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que  
previene la ley 11.723.

© 1992, Editorial Sudamericana S.A.,  
Humberto 1 531, Buenos Aires

ISBN 950-0

20

Ninguna de estas cuestiones es nueva para la historiografía argentina, pero sin embargo, han sido poco estudiadas para la época aquí explorada. Para el historiador del proceso histórico argentino, todas las épocas son densas: en él coinciden, concentrados en pocas décadas, procesos que en otras sociedades fueron el resultado de gestaciones más largas. Pero no todas ellas han sido parejamente atendidas. El período de maduración del capitalismo, a partir de 1880, ha ejercido una verdadera fascinación y ha sido mucho más transitado que aquel de su gestación en las décadas que preceden a la gran expansión.

El tema del mercado de trabajo ha sido en general abordado en el marco de estudios más globales dedicados a esa etapa, y algo similar ocurre con el de los trabajadores en la perspectiva que hemos elegido aquí. Quienes dirigen una mirada relativamente optimista al proceso de consolidación del mercado descubren luego de 1880 mecanismos mercantiles que operan con pocas interferencias para equilibrar la oferta y la demanda de mano de obra. Una oferta muy elástica habría sido la respuesta a una demanda con bruscas variaciones estacionales y cíclicas, asegurándose así la flexibilidad del mercado. Más crítico es, en cambio, el punto de vista de otros historiadores que, más interesados en explorar las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares que en ponderar la eficacia económica del mercado, subrayan las consecuencias que las agudas fluctuaciones de la demanda tuvieron para los trabajadores.<sup>1</sup>

También resulta en general más crítica la visión de quienes han incursionado en la etapa formativa del mercado de trabajo. Aunque no hay estudios sistemáticos sobre ese proceso, algunos textos enfocan el problema de la conformación de una oferta de mano de obra en regiones que, como la provincia de Buenos Aires, sufrían de su escasez crónica. Buena parte de estos estudios se detienen a analizar los mecanismos coactivos que se pusieron en marcha para canalizar la mano de obra disponible hacia el mercado.<sup>2</sup> Ese es también el tema de una abundante literatura de carácter más general, referida de una u otra manera al cambio impuesto por la modernización económica sobre la población rural. En muchos de esos textos, la constitución de una oferta de fuerza de trabajo aparece explícita o implícitamente como problema, y lo mismo ocurre en otros textos dedicados a la inmigración.<sup>3</sup>

A pesar de las fuertes diferencias entre muchos de estos trabajos en cuanto a sus puntos de partida, las perspectivas y los instrumentos de análisis que escogen, y las conclusiones a que arriban, todos coinciden en un punto: el mercado de trabajo que se fue consolidando en la Argentina de la segunda mitad del

siglo XIX mostraba una demanda de mano de obra en expansión pero muy fluctuante y una oferta también creciente, caracterizada por una alta movilidad y una escasa especialización. Pero a la hora de diagnosticar las causas y apuntar a las consecuencias de esta situación, las discrepancias entre las diferentes interpretaciones se ponen de manifiesto.

En este libro proponemos una interpretación de ese proceso, transitando un camino hasta ahora poco frecuentado. Intentamos analizar cómo se constituyeron la demanda y la oferta de mano de obra en la etapa formativa del mercado, poniendo el acento en las consecuencias que ese proceso fue teniendo para los trabajadores que, integrados o no a ese mercado, se relacionaron con él de maneras muy diversas.

La exploración se circunscribe a la provincia de Buenos Aires. A partir de mediados del siglo XIX, ésta fue el centro de un desarrollo sostenido de las formas capitalistas de producción y de la construcción de un mercado de trabajo libre y unificado. Su economía funcionó durante algunas décadas con relativa autonomía en relación con el resto de las regiones del actual territorio argentino, y aunque los intercambios no fueron desdeñables, la consolidación capitalista descansó básicamente en los recursos locales y en los que resultaban de la relación con el exterior. En ese contexto cobra sentido hablar de un mercado de trabajo circunscripto a la provincia. No se trataba de un proceso de constitución de oferta y demanda de mano de obra a escala nacional sino de uno de escala más limitada. Por otra parte, si se tiene en cuenta la interdependencia económica existente entre ciudad y campaña entre 1850 y 1880 y la movilidad de la mano de obra entre esos ámbitos, ese mercado debió ser tratado como una unidad, aunque sin descuidar las características particulares de los espacios urbano y rural.

Nos referimos también a un mercado libre. Su conformación supone la definición y reproducción de condiciones sociales que hagan necesaria la concurrencia a él tanto de quienes quieren comprar fuerza de trabajo como de quienes deben vender la suya para procurarse la subsistencia. Precisamente durante el período considerado, luego de un largo y contradictorio proceso, se alcanzó en la provincia de Buenos Aires la vigencia de tales condiciones. Hacia las últimas décadas del siglo, el mercado de trabajo se encontraba ampliado y consolidado. Sin embargo, sería un error deducir de esta creciente vigencia del sector mercantil una tendencia hacia la universalización de las relaciones asalariadas.

en el empleo de mano de obra. Si bien éstas se fueron expandiendo y precisando hasta resultar predominantes, perduraron viejas formas autónomas de trabajo, surgían y se multiplicaban otras nuevas, y a la vez crecía el empleo en actividades gubernamentales y en el servicio doméstico. No nos proponemos aquí estudiar el comportamiento de estos distintos sectores y sus interrelaciones desde el punto de vista del empleo, sino interpretar las experiencias de los trabajadores en ese mundo laboral en transformación.

Los trabajadores... Un universo difícil de definir, de límites difusos y cambiantes, que aquí adquiere un sentido abarcador para incluir a quienes se desempeñaban en cada uno de esos sectores de la economía o circulaban empleándose en uno y otro: asalariados del capital, empleados del gobierno, ocupados en el servicio doméstico, trabajadores por cuenta propia, quienes alternaban entre esos varios papeles y aun quienes se ubicaban en sus bordes, todos ellos pertenecían al mundo del trabajo.

Entre los nueve capítulos que forman este libro, pueden reconocerse cuatro partes. Los dos primeros capítulos son de presentación; los dedicamos a un análisis minucioso de los cambios observados en las características demográficas de la población, en la estructura productiva, en la estructura ocupacional. El tercero, que integra una segunda unidad temática, es un capítulo de síntesis, donde hemos condensado los resultados de todo el trabajo en función de una cuestión: cómo se conformó y qué perfil fue adoptando el mercado de trabajo de Buenos Aires. En los cinco capítulos siguientes, en que se despliegan muchos de los temas enunciados en el tercero, exploramos analíticamente la relación de los trabajadores con el mercado de trabajo: la experiencia del trabajo ocasional, del trabajo asalariado, de las formas restrictivas al trabajo libre, del trabajo calificado y del trabajo por cuenta propia. Finalmente, el nueve también es un capítulo de síntesis, que puede leerse en contrapunto con el tercero. Mientras allí reuníamos todos los hilos para interpretar el proceso de formación del mercado, aquí los combinamos de otra manera, para reconstruir la vida laboral de los trabajadores de Buenos Aires.

Describiendo el escenario, el capítulo I comienza con un panorama de las transformaciones en el paisaje de la ciudad y la campaña de Buenos Aires. Expansión física, diversificación económica, mayor complejidad social... las décadas que siguieron a 1850 fueron de cambio sostenido e intenso. La población creció

a un ritmo sin precedentes, en gran medida como resultado de la inmigración europea. La llegada de cientos de miles de extranjeros, la mayoría de ellos varones en edades activas, contribuyó a transformar el perfil de la población bonaerense. Aumentó el número de quienes estaban en edad de trabajar, así como el de quienes efectivamente lo hacían. Hacia 1880, una proporción muy alta de los trabajadores eran hombres, jóvenes y extranjeros. Las mujeres, por su parte, no sólo eran menos que los hombres; además, su participación en la actividad económica disminuyó de manera sistemática. La población activa fue, por lo tanto, modificando sus características demográficas, y fue variando también su distribución ocupacional.)

Este es uno de los temas del capítulo II, donde nos internamos en el complejo mundo de las ocupaciones en el contexto de las actividades económicas que se desarrollaban en Buenos Aires. La expansión capitalista estuvo liderada por la economía agropecuaria vinculada a la exportación, y tanto el sector primario como el terciario tuvieron un peso muy grande en la provincia. Pero el desarrollo de la producción artesanal y manufacturera no fue, sin embargo, poco relevante, y su importancia creció con el tiempo.

En el capítulo analizamos los cambios en la estructura productiva, en general y para cada sector, prestando particular atención a las transformaciones en la organización de las distintas actividades -los tipos de empresa, los métodos de trabajo- y a la configuración de las ocupaciones ligadas con cada una de ellas. El perfil de la población asociada a cada ocupación también contribuye a definir las y se incorpora a su caracterización. En ese sentido, no sólo nos interesaron las características que presenta cada ocupación en un momento dado, sino el surgimiento, la transformación y la desaparición de algunas de ellas a lo largo de estos años.

Como complemento de los dos primeros capítulos hemos incluido un Apéndice metodológico, que resume cómo fueron procesados los datos censales referidos a la población e incorpora veintiséis cuadros donde se han volcado algunos de esos datos. Este Apéndice refleja parte del arduo trabajo de base realizado para medir algunos de los fenómenos que analizamos en este libro.

En suma, los capítulos I y II y el Apéndice metodológico ofrecen el marco indispensable para indagar en el proceso de formación del mercado de trabajo, en tanto la demanda y la oferta

de mano de obra están directamente condicionadas por las características de la población en general y de la población activa en particular, así como por los rasgos de la estructura productiva.

El capítulo III está dedicado, precisamente, a la formación del mercado de trabajo. Desde muy temprano fue extremadamente homogéneo, y se caracterizó por la movilidad geográfica y ocupacional y la escasa especialización de la mano de obra. En este capítulo, nos internamos en las causas de esta situación. Exploramos cómo fue conformándose la demanda, a partir de las necesidades del sector más dinámico de la economía, el de la producción para la exportación, y de las que planteaban los demás sectores, y cómo y por qué se fue definiendo un patrón general de demanda expansivo pero muy fluctuante. Frente a ese crecimiento, se agudizó en Buenos Aires un problema que aparecía como crónico: la falta de brazos. Canallar y controlar la mano de obra disponible y atraer a nuevos trabajadores potenciales —los inmigrantes— fueron los mecanismos que el estado y las clases propietarias encontraron para engrosar la fuerza de trabajo, en un proceso impregnado de una buena dosis de violencia y coerción. El resultado fue la efectiva constitución de una oferta de mano de obra, que atendió cada vez más a las exigencias que planteaba la demanda, acentuando las pautas de alta movilidad y escasa especialización que ya eran tradicionales en Buenos Aires. La homogeneidad del mercado que resultó de estos procesos no impidió que sin embargo se dibujaran algunas diferenciaciones en su interior: una nítida segmentación por sexos, cierta división en términos de calificación, y otras diferencias internas que se exploran también en este capítulo.

Una de las consecuencias más inmediatas de la forma en que funcionaba el mercado laboral fue la expansión del trabajo ocasional y su transformación en un rasgo estructural de la economía de Buenos Aires. Escasa estabilidad en el empleo y compromisos de corto plazo, aspectos tradicionales del mercado laboral de la región, se convirtieron en características propias del nuevo patrón de demanda de mano de obra que fue dibujándose a partir de mediados del siglo XIX. A comienzos de ese período se escuchaban continuas quejas porque muchos de los trabajadores potenciales sólo buscaban conchabo cuando lo necesitaban, por día, por hora, quizá por temporada; veinte o treinta años más tarde eran muchas veces los trabajadores los que no podían encontrar empleo fijo y debían vivir del trabajo ocasional. Anarquía de la oferta y exigencias de la demanda incidieron pues de manera distinta y en momentos diferentes en la definición de este rasgo típico del mercado de trabajo de Buenos

Aires. El resultado fue la existencia de una masa cada vez más importante de trabajadores ocupados en tareas de carácter estacional y ocasional, que implicaban alto grado de inestabilidad y requerían de escasa o ninguna calificación.

El capítulo IV está dedicado al trabajo ocasional, y en particular a sus consecuencias para los trabajadores. La inestabilidad afectaba en mayor o menor medida a todos ellos, cualquiera fuera su ocupación, pero algunas ocupaciones fueron típicamente inestables. Así, peones y jornaleros, que constituían más de la cuarta parte de la población activa de la provincia, fueron trabajadores ocasionales por definición. En este capítulo se explora el mundo de esos peones asalariados de Buenos Aires y los de otros trabajadores en ocupaciones ocasionales, como los vendedores ambulantes. Esa exploración, así como la consideración más general de la ocasionalidad que tenía al resto de las ocupaciones, desemboca en una interpretación acerca de las consecuencias que el trabajo ocasional tuvo para los trabajadores de Buenos Aires. Inestabilidad, búsqueda, cambio, desocupación, movilidad, fueron todas experiencias posibles en una situación que aparejaba penurias pero que en ciertas ocasiones abría posibilidades para el trabajador interesado en avanzar hacia esa meta que cada vez más fue su sueño: alcanzar la independencia laboral, convertirse en un trabajador por cuenta propia.

La mayoría de los trabajadores de Buenos Aires, ocasionales o no, estaban empleados en relación de dependencia, eran asalariados. En el capítulo V indagamos en las condiciones laborales de los asalariados que se desempeñaban en el sector más importante de la economía de entonces: el capitalista. Cómo estaba compuesto el salario, cuándo lo cobraban y en qué forma, cuál era su magnitud, eran cuestiones que afectaban de manera directa la vida de esos trabajadores. A ellas se dedica este capítulo, donde también nos preguntamos por la significación misma del salario e intentamos trazar un panorama de los cambios que fue experimentando a lo largo de todo el período.

El trabajo asalariado supone la contratación libre de la mano de obra que se vende en el mercado, precisamente a cambio del salario. Su gran expansión en Buenos Aires no fue, sin embargo, incompatible con la existencia de ciertas formas restrictivas al trabajo libre, que implicaron alguna dosis de coacción ejercida sobre los trabajadores. No se trataba únicamente de la perduración de vínculos antiguos entre empleados y patrones, como en el caso de los sirvientes domésticos, sino de la aparición de formas nuevas de restricción a la libertad de los trabajadores, a veces estrechamente ligadas al proceso mismo de

formación del mercado laboral, como en el caso de las medidas referidas a los "vagos y malentendidos". En el capítulo VI analizamos estas diversas formas e indagamos en las experiencias laborales de los trabajadores involucrados.

A pesar de la existencia de ciertas restricciones al trabajo libre, lo característico de esta etapa fue la consolidación de los mecanismos mercantiles en el plano laboral. El mercado era, además, cada vez más homogéneo. Sin embargo, siempre hubo un sector de ese mercado que se mantuvo diferenciado: el que operaba con mano de obra especializada. La economía de Buenos Aires requirió de trabajadores con diversos grados de calificación en distintas actividades, y esos requerimientos fueron variando con el tiempo y con las transformaciones de la estructura productiva.

El sector secundario acusaba con mayor fuerza la necesidad de mano de obra calificada. Si bien no tuvo un papel central en el proceso de organización capitalista de la provincia, su presencia adquirió importancia creciente en la medida en que la expansión de la población y la aceleración del proceso de urbanización estimularon el desarrollo de la producción artesanal y manufacturera. El sector creció y se modernizó; las formas de organización de la producción y los métodos de trabajo se transformaron, y sus necesidades en materia de trabajo calificado también fueron cambiando. A los pequeños talleres predominantes a principios del período, que reunían a artesanos calificados en algún oficio pero sin mayor especialización, se sumaron más tarde empresas de mayor magnitud, donde sin embargo muchas veces se mantuvieron los viejos procesos de trabajo que no requerían de nuevas habilidades. En algunos casos la transformación fue más completa y anunciaba cambios que más tarde se difundirían más ampliamente: una revolución en los métodos de trabajo, la desagregación de las tareas, la mecanización.

¿Qué significaba el trabajo calificado para ese trabajador? En el capítulo VII desarrollamos esa pregunta y proponemos algunas respuestas. ¿Qué grado de capacitación implicaba tener un oficio? ¿Cómo se adquiría? ¿Era ello una ventaja a la hora de moverse en el mundo laboral de Buenos Aires? Los trabajadores especializados ganaban mejores sueldos y eran más estables que los no calificados. Sin embargo, en una economía tan inestable como la de Buenos Aires y en un mercado de trabajo que premiaba la movilidad, esta aparente ventaja comparativa podía convertirse en una traba. En todo caso, la especialización por sí sola no bastaba para protagonizar "la aventura del ascenso" y convertirse eventualmente en maestro y patrón.

La independencia laboral: destino soñado y buscado cada vez más por buena parte de los trabajadores de Buenos Aires. El trabajo por cuenta propia cumplía en ese sentido un papel clave, pues para muchos la meta se colocaba allí, en esa zona que parecía alcanzable para quienes vivían de su trabajo, y en general seguirían viviendo de él.

La expansión de la organización capitalista en la economía de Buenos Aires no impidió que se desarrollaran las actividades autónomas y las empresas por cuenta propia. Las relaciones entre ambos sectores fueron cambiantes y complejas, pero a lo largo de todo el período, una proporción importante de los trabajadores se desempeñaban en forma autónoma. En el capítulo VIII nos preguntamos por las características, las posibilidades y los límites del trabajo por cuenta propia en sus distintas variantes: el autónomo que no tiene capital alguno y sólo ofrece a sus clientes el producto de su labor personal; el por cuenta propia que organiza una empresa familiar y dispone de algún capital inicial; y, finalmente, en los límites del mundo del trabajo, aquel que suma a su labor y la de su familia, el empleo complementario de algún asalariado.

A manera de un ensayo de interpretación, en el último capítulo integramos aspectos que analíticamente habíamos separado en los capítulos anteriores y buscamos reconstruir una experiencia: la de la vida laboral de los trabajadores de Buenos Aires en esta etapa de formación del mercado de trabajo y de consolidación del capitalismo en la región. Se trata en realidad de un conjunto de experiencias, resultado de la diversidad de situaciones surgidas de un mercado de trabajo en acelerada transformación, y cuyos rasgos centrales son, además de una expansión sorprendente, las fluctuaciones de la demanda y la movilidad de la oferta. Para los trabajadores, el mercado condiciona cada vez más sus vidas: las posibilidades de supervivencia fuera de las nuevas reglas de juego se cierran. Dentro de ellas, la variedad es la norma. Se abren extraordinarias oportunidades de empleo, pero éstas previsiblemente duran poco o se cortan de manera inesperada; se vislumbran caminos de ascenso, pero pocas veces ellos se transitan sin interrupciones, retrocesos o caídas sin retorno. Heterogeneidad de trayectorias, que reconocía sin embargo un cauce común: el de la incertidumbre y el cambio, la oportunidad y el riesgo. Imaginar esas trayectorias diversas, reconstruir las vidas posibles de los trabajadores de Buenos Aires, son los objetivos de este último capítulo.

Una palabra acerca de dos temas que no aparecen tratados en capítulos específicos: el trabajo de la mujer y el de los inmigrantes. En este último caso, la decisión fue fácil. Los inmigrantes aparecen una y otra vez en el texto, pero salvo cuando se los considera globalmente en el proceso de conformación de la oferta de mano de obra, no puede tratárselos en términos genéricos, pues no constituyen una categoría diferenciada dentro del mercado ni en el universo de los trabajadores. En cuanto al trabajo femenino, el problema es más complejo. El mercado laboral estaba claramente segmentado por sexo, de manera que desde ese punto de vista podía haberse aislado el trabajo de la mujer del resto, una estrategia que se adopta únicamente en el capítulo III. Pero desde la perspectiva de los trabajadores, las mujeres aparecen no solamente en sus ocupaciones específicas -aquellas que se registran en los censos- sino realizando otras tareas vinculadas al mundo del trabajo y compartiendo la vida laboral con sus familiares directos. Por lo tanto, sus experiencias en relación con el trabajo ocasional o calificado, por cuenta propia o asalariado, pueden explorarse más acabadamente si se enfocan en el marco más general de estas formas laborales. Hemos preferido entonces introducir y analizar en cada capítulo el tema del trabajo de la mujer, antes que concentrar todo lo referido a él en un solo capítulo separado del resto.

Más allá de estas prevenciones, a esta altura estará claro para el lector que no es ésta ni una historia económica de la conformación del mercado de trabajo en Buenos Aires ni una historia social de los trabajadores. Se trata de un texto de cruce, más acotado, aunque quizá no menos ambicioso que el que hubiera resultado de cualquier intento más generalizador en una u otra dirección.

Para terminar, un poco de historia. Volver a los orígenes de este libro es remontarse unos cuantos años, a principios de la década de 1980. El proyecto resultó del trabajo conjunto en el seno del PEHESA,<sup>4</sup> donde un grupo de historiadores aprendimos a sobrevivir intelectual e institucionalmente durante los años de la dictadura militar. Con el apoyo del CISEA, CLACSO y la Fundación Ford desarrollamos buena parte de la investigación, que completamos más tarde cuando el tránsito a la democracia nos abrió las puertas para concursar e ingresar como investigadores del CONICET y profesores de la Universidad de Buenos Aires.

El tema refleja el punto de encuentro de las preocupaciones que por entonces teníamos varios miembros del grupo.<sup>5</sup> Por una

parte, nos interesaba el proceso de formación del capitalismo en la Argentina. Esta cuestión había inspirado el trabajo de Hilda Sabato sobre la economía del lanar<sup>6</sup>, a partir del cual surgieron las primeras preguntas de este proyecto. Por otra parte, el estudio de las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares de Buenos Aires era uno de los objetivos del grupo, y el tema de varios trabajos de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero referidos a un período posterior.

Bajo la dirección de Hilda Sabato, la investigación pasó por distintas etapas. Durante los primeros dos años diseñamos el proyecto, elaboramos y discutimos sus hipótesis centrales, e hicimos el trabajo de base de procesamiento del material censal. En toda esta etapa fue decisiva la participación de Juan Carlos Korol. La ardua labor de buscar y analizar la información estadística referida a la estructura demográfica, ocupacional y productiva, indispensable para poder avanzar en la investigación, se refleja apenas en los capítulos I y II y en el Apéndice metodológico. De todas formas, la información que logramos reunir y procesar constituye un aporte nuevo que puede ser aprovechado también para otras. El equipo de trabajo inicial estuvo también integrado por Miriam Trumper, y más tarde se incorporó Ricardo González, que durante varios años se desempeñó como asistente de investigación. En una segunda etapa avanzamos en el análisis de las características del mercado laboral en formación, para pasar en una tercera etapa a explorar las experiencias de los trabajadores en relación al mercado. En este caso, el grueso del trabajo estuvo a cargo de los autores de este libro.

Resultados parciales y preliminares de esta investigación fueron publicados en forma de artículo en distintos momentos a lo largo de estos años: una versión del capítulo III<sup>7</sup>, aspectos de los capítulos III y IV<sup>8</sup>, algunas secciones del capítulo VII<sup>9</sup> y una versión preliminar en inglés del capítulo VIII.<sup>10</sup>

No será difícil para el lector reconocer las influencias intelectuales que informan este libro. Más allá de las deudas que tenemos con quienes día a día inciden sobre nuestra perspectiva histórica a través de su producción intelectual, queremos agradecer a quienes, además, han contribuido de manera directa a este trabajo. Alfredo y Zulma Lattes nos prestaron una colaboración invaluable en la exploración e interpretación de las fuentes censales, nos facilitaron el acceso a la muestra del Censo de 1869 y nos ayudaron en la preparación de los tabulados de los datos de la misma. En la primera etapa de trabajo, Jorge Balan, Elizabeth Jelin, Jorge F. Sabato, Nicolás Sánchez-Albornoz y Tulio Halperin Donghi brindaron valiosas sugerencias específicas a

aspectos parciales del mismo. Los comentarios recibidos al presentar partes del trabajo en distintas reuniones académicas fueron también muy útiles en la preparación de su versión final.

Sobre todo, fue decisivo el diálogo con los demás integrantes del PEHESA: Leandro H. Gutiérrez, Juan Carlos Korol y Beatriz Sarlo. Gracias a él, las ideas de esta investigación fueron adquiriendo forma definitiva, y muchas de las intuiciones acerca de la relación entre nuestras conclusiones parciales y el proceso histórico más general—particularmente las referidas a las experiencias de los trabajadores y su decantación en formas culturales—se reforzaron al integrarse con las conclusiones de otras investigaciones realizadas en el grupo.

## NOTAS

<sup>1</sup> Un análisis sistemático dentro de la perspectiva "optimista" en Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino. 1880 - 1914*. Sudamericana, 1979, cap. IV. Véase también Carlos Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Amorrortu, 1975, págs. 34-40. El punto de vista crítico se refleja entre otros en Leandro H. Gutiérrez, "Condiciones materiales de vida de los sectores populares en el Buenos Aires finisecular", *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1982; José Panettieri, *Los trabajadores*. Jorge Álvarez, 1968; Ofelia Planetto, "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922" en *Desarrollo Económico*, 24, 94, Jul.-Set. 1984.

<sup>2</sup> Un tratamiento general muy rico en intuiciones se encuentra en Ricardo Ortiz, *Historia económica de la Argentina*. Raigal, 1955, vol. I, caps. II y V. Para el período 1810-1852, véase el excelente artículo de Tullo Halperin Donghi "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)" en T. Di Tella y T. Halperin Donghi (comp.), *Los fragmentos del poder*. Jorge Álvarez, 1969.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Ricardo Rodríguez Molas, *Historia social del gaucha*. Ediciones Maru, 1968. Sobre inmigración, G. Beyhaut, R. Cortés Conde, H. Gorostegui y S. Torrado, "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino" en T. Di Tella, G. Germani y J. Graziarena (comp.), *Argentina, sociedad de masas*. EUDEBA, 1965. Es significativo que los estudios sobre inmigración no hayan continuado desarrollando estos enfoques generales iniciales.

<sup>4</sup> El Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) se constituyó en 1978 en el marco del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, donde continúa funcionando en la actualidad.

<sup>5</sup> En dos ensayos, elaborados colectivamente por el grupo, planteamos nuestras hipótesis generales sobre los sectores populares en Buenos Aires.

Véase "¿Dónde anda la democracia?", *Punto de vista. Revista de Cultura*, V, 15. Buenos Aires, agosto-octubre de 1982, y "La cultura de los sectores populares: Manipulación, immanencia o creación histórica". Idem, VI, 18, agosto de 1983.

<sup>6</sup> Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: La fiebre del lanar, 1850 - 1890*. Sudamericana, 1989.

<sup>7</sup> Hilda Sabato, "La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880" en *Desarrollo Económico*, 24, 96, enero - marzo 1985.

<sup>8</sup> Hilda Sabato, "Trabajar para vivir o vivir para trabajar: Empleo ocasional y escasez de mano de obra en Buenos Aires, ciudad y campaña, 1850-1880" en Nicolás Sánchez Albornoz, *Población y mano de obra en América Latina*. Madrid, Alianza, 1985.

<sup>9</sup> Hilda Sabato y Luis Alberto Romero, "Artesanos, oficiales, operarios: Trabajo calificado en Buenos Aires, 1854-1887" en *Anuario 12, Segunda época*. Escuela de Historia de la Univ. Nacional de Rosario, 1986-87. También incluido en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*. Sudamericana, 1990.

<sup>10</sup> Hilda Sabato y Luis Alberto Romero, "Between Rise and Fall: Self-Employed Workers in Buenos Aires, 1850-1880", en Jeremy Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History*. St. Antony's /Macmillan Series, Edited by Rosemary Thorp, Pittsburgh, por aparecer.

apenas en las afueras de Buenos Aires, en Barracas, San Fernando o Belgrano.

<sup>71</sup> El censo de la campaña de 1851 sólo incluye una categoría global de "artesanos", por lo que sólo pueden compararse los censos de 1869 y 1881.

<sup>72</sup> Desde el punto de vista de la organización de la actividad económica en distintos tipos de unidades productivas, el sector de los trabajadores por cuenta propia correspondería, en su forma más pura, a la producción simple de mercancías. "... basada en productores independientes que venden bienes y servicios a clientes... El productor controla los medios de producción, no hay apropiación de plusvalía, las relaciones se dan con clientes (en vez de patrones y empleados) y durante el proceso de comercialización y no durante el proceso de producción" (Elizabeth Jelin: "Formas de organización de la actividad económica y estructura ocupacional: el caso de Salvador, Brasil", *Desarrollo Económico*, 14, 53, ab. jun. 1974).

<sup>73</sup> La expansión de la organización capitalista en la producción de bienes y servicios ha tenido históricamente, en distintas sociedades, impactos muy diferentes sobre la producción simple de mercancías. Existe una vasta bibliografía sobre casos particulares. Desde el punto de vista teórico, una sugerente reflexión sobre el tema se encuentra en el clásico artículo de Paul Singer: "Elementos para una teoría del empleo aplicable a países subdesarrollados", en V. Tokman y P. Souza (comps.): *El empleo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976. Un enfoque más reciente en Roberto Mizrahi: "Economía del sector informal: la dinámica de las pequeñas unidades y su viabilidad", en *Desarrollo Económico*, 26, 104, enero-marzo 1987, que incluye una bibliografía actualizada sobre el tema.

<sup>74</sup> Adrián Patroni: *Los trabajadores en la Argentina*, 1897.

<sup>75</sup> Memoria de la Comisión de Aguas Corrientes, 1875. Anexo 5, 1876.



161 F 5 (1)

SABATO / ROMERO A.

"Los trabajadores de Bs. As.: la experiencia del mercado", B.S. AS. 1992

CAP. III y IX

### III

## El mercado de trabajo

↳ Durante la segunda mitad del siglo XIX, al calor de la expansión económica, se desarrolló en Buenos Aires un mercado de fuerza de trabajo libre, proceso central en la consolidación capitalista de la región. En particular, en las décadas que siguieron a 1850 se fue constituyendo una efectiva fuerza de trabajo, cuyas características estuvieron estrechamente vinculadas tanto con el perfil de la población como con ciertos rasgos que fue asumiendo la estructura productiva de la provincia. Los cambios que ésta fue experimentando también influyeron de manera decisiva en el patrón de demanda de mano de obra. En las páginas que siguen se explorarán estos procesos, que resultaron en la formación de un mercado de trabajo donde un sector de importancia creciente, integrado por una fuerza de trabajo masculina de gran movilidad geográfica y ocupacional y muy baja calificación, respondía a una demanda en gran expansión pero caracterizada por agudas fluctuaciones. No se trataba, sin embargo, de un mercado totalmente unificado, pues en su interior se dibujaron diferenciaciones que, aunque de límites permeables y cambiantes, tuvieron significación social y económica.

### La demanda de mano de obra

La heterogeneidad de la estructura productiva que se fue perfilando en Buenos Aires contribuyó a definir un patrón de demanda de mano de obra muy complejo, en la medida en que coexistieron diversos sectores económicos, regidos por leyes de empleo específicas y enlazados de manera peculiar.<sup>1</sup> De esta manera, la demanda de mano de obra no solamente estaba

determinada por lo que pasaba en el sector capitalista, puesto que el vigoroso crecimiento del sector no implicó una universalización de las relaciones asalariadas en el empleo de la mano de obra. En esta etapa se expandió también el empleo en el sector autónomo, la administración pública y el servicio doméstico. La mano de obra ocupada en estos dos últimos sectores, aunque destinada básicamente a la producción no mercantil de bienes y servicios, se reclutaba también en el mercado.<sup>2</sup>

En el caso del sector autónomo, en cambio, el empleo dependía de iniciativas individuales de los mismos trabajadores, el producto de cuya labor se destinaba al mercado. Este sector escondía una variedad de formas diferentes, por lo que no puede generalizarse respecto de las causas de las oscilaciones en el nivel de empleo. Sin embargo, es claro que las expansiones y retracciones de la demanda por los bienes y servicios producidos en ese sector no tienen por qué afectar de manera inmediata ni directa ese nivel, pues los trabajadores pueden subremunerar -o sobrerremunerar- su capital y su trabajo según las coyunturas.

Recorriendo los diversos sectores productivos se podrá ir definiendo entonces qué características fue asumiendo la demanda de mano de obra en este mercado de trabajo en formación.

El sector capitalista. Para la década de 1880, más de la mitad de los trabajadores de la campaña y más del 40% de los de la ciudad estaban empleados como asalariados del sector capitalista.<sup>3</sup> Se ha señalado ya lo heterogéneo que era este sector en términos de la organización productiva y la magnitud de las empresas. (En cuanto a los procesos de trabajo, buena parte de las empresas capitalistas de este período no mostraron mayores cambios con respecto al período anterior, incorporando una división del trabajo todavía muy rudimentaria.)

En este contexto, el aumento de la producción de bienes y servicios en general se produjo en primer término como consecuencia del incremento de la mano de obra ocupada, y sólo en segundo lugar como resultado de un aumento de la productividad del trabajo, consecuencia de cambios en la organización de la producción o en los procesos de trabajo. Por lo tanto, la expansión sin precedentes que experimentó la economía de Buenos Aires en ese período se tradujo en un fuerte crecimiento de la demanda de mano de obra. Esa demanda, sin embargo, estaba lejos de ser estable, y su crecimiento estuvo marcado por agudas fluctuaciones.

La actividad económica en la provincia de Buenos Aires estaba sujeta a altibajos estacionales muy acentuados, resultado sobre todo de la secuencia que imponía la producción primaria para la exportación que, por otra parte, era el nervio del proceso de acumulación capitalista en la región. Pero además de sufrir las oscilaciones estacionales, la economía del Río de la Plata era muy vulnerable a las crisis cíclicas, y su estrecha relación con el mercado mundial la convertía en caja de resonancia de la situación internacional, tanto en los momentos de alza como en los de baja. La actividad local respondía inmediatamente a estos estímulos, expandiéndose desmesuradamente unos años para caer bruscamente en los siguientes. Los momentos más dramáticos en ese sentido se dieron en torno a los años 1867/69 y 1873/76, en que la crisis castigó duramente a la economía local, aunque con repercusión diversa en los distintos campos de actividad.

Estas variaciones estacionales y cíclicas en la producción de distintos bienes y servicios afectaban sin duda la demanda de mano de obra, sobre todo por el tipo de organización económica que primaba en Buenos Aires. Así, aunque no en todas las ocupaciones la disminución de actividad significara disminución del empleo, en la mayor parte de ellas durante las temporadas de baja se ocupaba a un número mucho menor de trabajadores que durante las épocas de mayor actividad. Más aún, a lo largo de todo este período, fueron los sectores claves para la expansión de la economía y los que requerían mayor cantidad de brazos los que experimentaron las variaciones más agudas en el nivel del empleo. Eran las actividades vinculadas a la economía de exportación (tanto en la producción -estancias, saladeros- como en la comercialización y el transporte) y las relacionadas con la construcción, en particular las obras públicas, las que hacían uso sistemático de trabajadores con escasa o ninguna calificación, contratados en forma temporaria.

La estructura productiva del agro se modificó profundamente durante estas décadas, al calor de la expansión lanera, que indujo también cambios importantes en el aparato comercial y financiero de la provincia. Pero este crecimiento no cambió la naturaleza estacional y los problemas cíclicos de la economía local. Por el contrario los agudizó, en particular en lo que se refiere a la demanda de mano de obra. Así, en todas las actividades vinculadas a la economía de exportación, el empleo ocasional se convirtió en una solución estructural a los problemas de las variaciones estacionales y cíclicas de la demanda de brazos.

Se ha visto ya que la organización misma de la producción en el sector lanero se basaba en la disponibilidad de mano de

obra empleada de manera temporaria. A su vez, la naturaleza fuertemente estacional de la producción primaria imprimía su sello a todas las actividades relacionadas con ella. La lana, una vez cosechada, debía transportarse, almacenarse y finalmente cargarse en los buques para la exportación y todo se hacía en los meses posteriores a la esquila. La actividad era febril en barracas y mercados, mientras miles de carretas y posteriormente otros tantos vagones de ferrocarril llevaban lana y cueros desde sus lugares de producción a la ciudad de Buenos Aires, donde finalmente se embarcaba hacia Europa. La entrada mensual de carros y carretas a los mercados muestra claramente cuáles eran los meses de mayor actividad.<sup>4</sup> Las barracas también veían colmada su capacidad durante los húmedos veranos porteños. En cambio, pasada la temporada de exportación, el movimiento decaía casi bruscamente, para alcanzar sus momentos de máxima quietud en los meses de junio y julio.

Dada la forma de organización de todo el aparato de comercialización y transporte (con la probable excepción de los ferrocarriles) estas variaciones en el ritmo de la actividad económica repercutían directamente en la demanda de mano de obra y en el empleo de brazos en esos sectores. En los escenarios donde se realizaba el almacenamiento, carga y descarga, pesaje, clasificación y otras tareas previas al embarque, miles de peones y jornaleros buscaban ocuparse en la temporada alta: algunos eran contratados por barraqueros y acopladores por día, por semana o a destajo; otros se ofrecían directamente al dueño de una tropa de carretas o al consignatario en el mercado para descargar y acomodar los fardos. En el puerto y la aduana, además de los changadores por cuenta propia, jornaleros contratados por un "empresario de peones" llevaban a cabo el trabajo de carga y descarga en carros y buques. En los huecos de carretas, peones tronqueros, picadores o troperos se conchababan por viaje para el transporte de lana, cueros y astas. Pero en el invierno, la actividad disminuía drásticamente, el trabajo mermaba y los hombres debían buscar otros destinos. Algo semejante ocurría en las coyunturas de baja y en los duros años de las crisis.

Además de las actividades directamente ligadas a la economía de exportación, otros sectores mostraban una utilización sistemática de empleo ocasional y estacional. Tal vez el más importante haya sido el de la construcción: como la actividad disminuía notablemente en invierno además de ser muy sensible a las crisis generales de la economía, y como aceptaba mano de obra de escasa calificación, se convirtió en un bolsón de empleo ocasional.

Pero donde la ocupación de mano de obra poco calificada no estable alcanzó proporciones más significativas fue en las obras públicas, sobre todo a partir de la década de 1860. Aunque buena parte de estas obras eran contratadas por el estado (municipal, provincial o nacional, según el caso) y por lo tanto su puesta en marcha (o su interrupción) podía depender de decisiones no estrictamente mercantiles, se ha optado por incluir el rubro en el sector capitalista de la economía porque en realidad la ejecución de las obras estaba en manos privadas. En efecto, en el caso de una obra financiada por el estado, una vez que se licitaba o se ponía a cargo de la empresa privada encargada de llevarla adelante, era ésta la que se ocupaba de contratar a los trabajadores, operando en el mercado como una firma capitalista más. Así, tanto las empresas a cargo de los proyectos más importantes de la época —los ferrocarriles y las obras de salubridad— como aquellas que encaraban trabajos de menor envergadura, en general contrataban personal temporario. Cuando la obra concluía o cuando se interrumpía por motivos presupuestarios, políticos o de cualquier otra índole, los trabajadores eran despedidos sin más trámite. En las coyunturas críticas podían quedar miles de ellos sin empleo (ver capítulo IV). Así ocurrió, por ejemplo, en 1876 cuando, como señala con alarma *El Industrial*:

"Y una vez paralizados (los trabajos de las obras de salubridad) tendremos una erupción de 8000 trabajadores sin trabajo que, unidos a los 2000 que deja la terminación del ferrocarril a Campana y a los miles que encierra la ciudad formarán una masa de necesitados ante cuyo empuje será impotente todo esfuerzo... ¿quién contendrá el torrente? ¿quién dará de comer a los ocho mil trabajadores que quedan sin trabajo?"

En mayor o menor medida esta inestabilidad del empleo de la mano de obra tenía toda la actividad económica de la provincia. En la ciudad, la preeminencia de unidades de producción de bienes y servicios generalmente organizadas como pequeñas empresas y talleres hacía que su actividad fuera muy vulnerable a los efectos de estos ciclos económicos. En ese sentido, a diferencia de otros países en los que el proceso de organización capitalista fue liderado por el sector manufacturero, en Buenos Aires éste tuvo un desarrollo tardío. Como se verá en el cap. VII, si bien hacia la década del '70 comenzaron a organizarse algunas fábricas, predominaban las unidades de producción más pequeñas y, sobre todo, en las que la organización del trabajo seguía las pautas del viejo sistema artesanal. Esto no significaba, sin embargo, la vigencia de estrictas estructuras jerárquicas

por oficio, en tanto la mayor parte de las ocupaciones mantenía un patrón de ingreso laxo correspondiente a una escasa especialización general. Por lo tanto, no puede esperarse un sistema de protección del empleo desde el ángulo gremial o corporativo, típico de sociedades en las que la calificación y aun el ingreso en la carrera artesanal estaban estrictamente controlados por un sistema gremial de jerarquías precisas. Más bien, la relación entre disminución de la actividad en el sector y la decisión de prescindir de parte del personal empleado en cada empresa dependía de otros factores diversos. Aspectos tales como el tamaño de la empresa, la cantidad de capital fijo empleado, el tipo de producción emprendida, la calificación de la mano de obra contratada y aun la vinculación que se establecía entre patrón y trabajadores, condicionaban la manera en que se manejaba esa relación. En muchos casos no convenía mantener a la mano de obra menos calificada en épocas de baja demanda; en otros simplemente no se podía. Pero en la mayoría de ellos, la suerte de esa mano de obra estaba muy sujeta a los vaivenes de la economía.

De esta manera, la demanda de fuerza de trabajo para emplearse en el sector capitalista de la economía estuvo sujeta, en primer lugar, a un crecimiento muy marcado, y en segundo término, a fluctuaciones bruscas y acentuadas, producto de variaciones tanto regulares como imprevisibles en el ritmo de la actividad económica. Pero como ya se ha apuntado, en el mercado de trabajo la demanda de mano de obra no solamente estaba determinada por lo que pasaba en el sector capitalista, por lo que será necesario explorar también la influencia de la producción autónoma, la administración pública y el servicio doméstico en la definición del patrón de demanda.

El sector autónomo. Hacia mediados del siglo XIX, ciudad y campaña de Buenos Aires contaban con un vasto sector de trabajadores autónomos.\* Tres o cuatro décadas más tarde la subsistencia y renovada vitalidad de este sector no fueron contradictorias con el avance sostenido experimentado en esos años por la empresa capitalista. Así, mientras crecía sostenidamente el número de trabajadores asalariados hasta resultar predominantes, los trabajadores autónomos continuaban representando

\* En este capítulo se usarán como equivalentes las expresiones "trabajadores autónomos" y "trabajadores por cuenta propia" para designar a los trabajadores independientes, que no venden su fuerza de trabajo en el mercado.

una proporción importante de la población activa, perdurando en algunas actividades que tradicionalmente habían estado en sus manos, pero ocupando también nuevos espacios. Para la década de 1880, cerca de un tercio de los trabajadores de la provincia estaban dedicados a la actividad por cuenta propia.

Desde el punto de vista del mercado de trabajo, los trabajadores autónomos constituyen una oferta sólo potencial de mano de obra. En este caso se observa que la conformación de una fuerza de trabajo libre no implicó -como lo haría en otras sociedades- la expropiación de trabajadores autónomos y su lanzamiento al mercado, la masiva destrucción de formas de producción por cuenta propia. Hubo, sin embargo, una relación permanente entre mercado de trabajo y sector autónomo. Como se verá más adelante, las condiciones de inestabilidad del mercado sugieren que ese sector puede haber funcionado como un reservorio de mano de obra expulsada de otros sectores en épocas de baja demanda. Por lo tanto, su misma existencia y expansión pueden aparecer como una consecuencia del crecimiento capitalista y de la consolidación del mercado de trabajo. En efecto, para muchos trabajadores aquél fue un destino temporario para las épocas en que el trabajo escaseaba y había que convertirse en vendedor ambulante o lustrabotas para ganarse la vida.

Sin embargo, no siempre la existencia del sector autónomo resultó tan funcional al mercado de trabajo. Así, absorbía también otro tipo de mano de obra, alejándola de él: aquel que encontraba en la actividad por cuenta propia una meta más permanente, aunque no necesariamente definitiva, independizarse en algún oficio o llegar a tener un negocio o explotación propia era una empresa posible en esa sociedad en profunda transformación y crecimiento, aunque los altibajos de su economía muchas veces convirtieran a esa situación en precaria. Por lo tanto, en las condiciones de expansión sostenida pero irregular del empleo, el sector autónomo creció a lo largo de todo el período, ocupando una clásica zona que el sector capitalista, por un motivo u otro, dejaba sin ocupar.

La administración pública y el servicio doméstico. Si bien la mayor parte de los trabajadores de Buenos Aires estaban ocupados en los sectores capitalista y autónomo, el empleo en el servicio doméstico y en el gobierno también se expandió en esta etapa. En ambos casos los trabajadores aparecían formalmente como asalariados, pues percibían una remuneración por el trabajo que realizaban y ésta recibía el nombre de salario. Se trata

sin embargo, de sectores regidos por leyes propias, diferentes de las que gobernaban la acumulación capitalista y con una dinámica de empleo distinta. Aunque los vaivenes de la ocupación y la magnitud de los salarios estaban influidos por lo que ocurría en el sector capitalista, no necesariamente seguían las pautas de aquél.<sup>6</sup>

A pesar de la expansión de la actividad del estado en sus tres niveles -municipal, provincial y nacional-, el gobierno no representaba una fuente de empleo importante para los trabajadores del Río de la Plata. Fuera del ámbito militar, aun a fines del período en estudio, es difícil hablar de una posible "carrera" en la administración pública, aunque empezaba a organizarse una burocracia que en sus niveles más calificados iba abriendo esa posibilidad a técnicos y profesionales, y en los intermedios, a quienes constituirían las primeras cohortes de una ocupación luego muy extendida: la de empleado público.

Para los trabajadores de menor especialización, en cambio, la administración ofrecía pocas posibilidades de ascenso y aún no brindaba la estabilidad y los beneficios complementarios que más tarde iban a ser característicos del empleo en el gobierno. Por lo tanto, era un refugio temporario para quienes luego seguían otros caminos, o el destino que buscaban los que tenían pocas posibilidades de adaptarse a la dura búsqueda que el mercado imponía a la mayoría de los trabajadores. Entre las ocupaciones que reunían a los más marginales se destaca la de soldado, que incluía a una proporción importante del total de asalariados al servicio del estado.

Desde el punto de vista del mercado de trabajo, el estado competía con el sector capitalista en la demanda de mano de obra de escasa calificación. Esta competencia se hacía sentir sobre todo en el ámbito rural, donde los requerimientos de soldados para defender la frontera y la demanda de brazos para la producción aparecían como necesidades no siempre fáciles de compatibilizar (ver cap. VI). Pero el estado también llegó a ofrecer refugio a los expulsados del sector capitalista cuando las coyunturas de baja los arrojaban al desempleo: la larga lista de solicitudes de ingreso a la policía durante 1874 resulta, en ese sentido, muy elocuente.<sup>7</sup>

sin embargo, el empleo en la administración pública también estaba sujeto a variaciones bruscas que respondían a factores muy diversos, dentro de una tendencia general a la expansión de largo plazo. Y aunque en algunas coyunturas el estado podía brindar una alternativa de trabajo a los desocupados de otros sectores, otras veces su política de austeridad en épocas

de crisis podía agravar los problemas de desempleo que la sociedad sufría. Así ocurrió, por ejemplo, en 1876 cuando el gobierno intentó reducir el gasto público y entre otras medidas dispuso la introducción de severas economías en las diferentes reparticiones y una reducción del 15% en los sueldos y pensiones menores de 10 pesos fuertes.<sup>8</sup>

De todas maneras, como se ha mencionado, el peso cuantitativo de este sector era relativamente pequeño. Mayor, en cambio, era el del empleo en el servicio doméstico, pues éste atraía a cerca del 20% de los trabajadores de la ciudad y de la campaña en este período. En general, se trata de trabajadores que formalmente entran en una relación asalariada con retribución monetaria pero que realizan tareas que forman parte de la economía doméstica. Aunque una parte muy importante del servicio doméstico estaba constituida por criados o sirvientes con un alto grado de dependencia personal, cada vez más se fueron generalizando las relaciones contractuales por las cuales el trabajador brindaba un servicio a cambio de un pago, que podía adoptar distintas formas. Existe, por supuesto, un amplio espectro de variantes en la relación patrón-trabajador: en un extremo la de esclavo-amo y en el otro la de proveedor-consumidor de un servicio, extremos difíciles de encontrar en la sociedad porteña de la época. En general, la relación combinaba en diversas proporciones el aspecto paternalista y el contractual, la dependencia personal y la "libertad" de trabajo (ver cap. VI).

El servicio doméstico constituía un bolsón de trabajo femenino en Buenos Aires y este reclutamiento selectivo marcó de manera decisiva las relaciones de este sector con el mercado de trabajo. En principio se puede afirmar que la mano de obra empleada en el servicio doméstico se recluta también en el mercado, donde en condiciones ideales compiten los diversos sectores en la demanda de brazos. Sin embargo, la falta de alternativas laborales para aquellas mujeres que no tenían prácticamente calificación alguna, sugiere que los requerimientos de mano de obra para este sector jugaban un papel muy restringido en el patrón global de demanda, pues se referían exclusivamente a un sector diferenciado y aceptado de la oferta. Sólo hacia finales del período, con la difusión del empleo de mujeres en fábricas para la realización de tareas de muy escasa calificación, surge una alternativa al trabajo doméstico y por lo tanto, puede observarse una cierta competencia entre uno y otro sector en el reclutamiento de mano de obra femenina no especializada.

Teniendo en cuenta el papel marginal que todavía cumplía el empleo estatal y las características que ofrecía el servicio doméstico, está claro que en el mercado de trabajo en formación la demanda de mano de obra estuvo básicamente pautada por la dinámica del sector capitalista de la economía. A partir de mediados de siglo esa demanda se caracterizó entonces por un crecimiento espectacular pero no lineal, que reconocía fluctuaciones coyunturales y variaciones estacionales muy marcadas.

Esta expansión de la demanda de mano de obra estuvo acompañada por un crecimiento de la oferta, que sin embargo no fue espontáneo ni paralelo. Precisamente, el proceso de conformación de una oferta de fuerza de trabajo libre que pudiera responder a las exigencias de esa demanda fue uno de los aspectos centrales de la consolidación del mercado de trabajo en el Buenos Aires de entonces.

#### La conformación de la oferta

La escasez de brazos aparece como motivo recurrente en las declaraciones, reclamos o quejas de los empresarios locales en las primeras décadas de la expansión. A pesar del crecimiento que venía experimentando la población,<sup>9</sup> la mano de obra parecía siempre insuficiente para satisfacer la demanda de los sectores capitalistas de la economía.

A mediados de siglo el trabajo asalariado se encontraba bastante difundido en la provincia y predominaba ya en los sectores claves de la economía de exportación. Pero la difusión alcanzada por la forma salario no significaba, sin embargo, que los asalariados fuesen mano de obra captada para siempre por el mercado, es decir, trabajadores que no tenían otra opción que la de ofrecer su fuerza de trabajo a cambio de una remuneración. Por el contrario, una proporción importante de esos trabajadores participaban sólo de manera irregular en el mercado, pues alternaban trabajo asalariado con otras formas de subsistencia que no hacían necesario su empleo permanente. La precariedad de los derechos de propiedad sobre tierras y ganados, que por entonces eran además recursos relativamente abundantes; la cercanía de la frontera abierta; la existencia de circuitos comerciales relativamente informales, todo ello favorecía esta alternancia.

Para el poblador rural era frecuente combinar el trabajo asalariado en una estancia o en una tropa de carretas, con

actividades más autónomas como carrear ganado robado o sin dueño aparente o cazar avestruces y zorros, para luego vender los productos de su "cosecha" en pulperías y boliches de campo o comerciar con los indios. De esa manera se hacía del dinero que necesitaba para comprar ropa, comida o "vicios", participando así de la economía de mercado.<sup>10</sup>

Esta combinación de medios de vida no era exclusiva de la campaña. De economía primitiva y muy ruralizada, la ciudad de Buenos Aires contaba con una gran proporción de trabajadores no calificados que alternaban el empleo remunerado con otras formas de subsistencia, tales como la producción doméstica, la mendicidad, el robo de alimentos para consumo propio o de cueros y lanas para vender al comerciante siempre dispuesto a adquirir esa mercadería.

Esta situación afectaba la oferta efectiva de mano de obra de manera imprevisible o al menos de un modo relativamente independiente de las variaciones de la demanda, lo que se traducía como escasez de brazos.<sup>11</sup> No era solamente un problema del tamaño de la población, sino de su disponibilidad para incorporarse al mercado de trabajo. Por lo tanto, no bastaba con que la población creciera para satisfacer la demanda; lo que se requería era la conformación de una oferta estable y disciplinada de mano de obra para atender a la gran expansión inaugurada a mediados de siglo.

Dos fueron las fuentes fundamentales de reclutamiento de la fuerza de trabajo para constituir esa oferta. En primer lugar, la población local, cuyos sectores potencialmente incorporables al mercado hasta entonces habían participado sólo parcialmente de los mecanismos mercantiles, en tanto podían contar con medios de subsistencia alternativos al trabajo asalariado que no hacían necesaria su inserción permanente. El disciplinamiento laboral y social de esta fuerza de trabajo potencial fue una de las principales preocupaciones de las clases propietarias y del estado de Buenos Aires ya desde los comienzos del siglo XIX. Para ello se pusieron en marcha una serie de medidas tendientes tanto a coartar los medios de vida alternativos como a controlar y reprimir a la población que intentaba vivir "sin trabajar". Pero fue a partir de mediados de siglo cuando la instrumentación de estas disposiciones por parte del estado se hizo más efectiva, culminando con el dictado del Código Rural en 1865. En la década siguiente, a medida que el proceso de acumulación capitalista y de conformación de una oferta efectiva de mano de obra se consolidaba, las disposiciones coercitivas fueron resultando innecesarias y hasta conflictivas, de manera tal que se fueron

dejando de lado. El estado había cumplido un papel en la formación del mercado de trabajo (ver cap. VI).

La instrumentación de las medidas de control mencionadas contribuyó a asegurar la canalización de la mano de obra disponible al mercado. Pero lo decisivo en este proceso de conformación de una oferta efectiva fue la incorporación de la fuerza de trabajo provista por la <sup>inmigración</sup> inmigración, que constituyó en el mediano plazo el principal mecanismo de ampliación de la oferta de mano de obra. Decenas de miles de Italianos, españoles, franceses, irlandeses y otros europeos llegaron al Río de la Plata de manera tal que para 1869 los extranjeros ya eran mayoría entre la población masculina potencialmente activa de la provincia (cuadros 12 y 13). Se trataba, en general, de trabajadores dispuestos a incorporarse al mercado, pues la mayor parte de ellos no contaba con más bienes que su fuerza de trabajo y una mayor o menor ambición de progreso personal. Por lo tanto, se integraban inmediatamente a la oferta efectiva. Por su parte, los mecanismos de control instaurados contribuyeron a asegurar esa inserción.

En consecuencia, en Buenos Aires el proletariado asalariado que cada vez más se incorporaba a las tareas de escasa o ninguna calificación relacionadas con la economía de exportación, se integró a partir de estos dos procesos principales.<sup>12</sup> Por un lado se acabó con el asalariado ocasional que sólo esporádicamente acudía al mercado a vender su fuerza de trabajo mientras el resto del tiempo subsistía realizando actividades diversas y, por el otro, se aseguró la incorporación al mercado de gran parte de los inmigrantes que llegaban al puerto en número cada vez mayor.

En el largo plazo, la profundización de otros procesos vinculados a la consolidación capitalista en la región -apropiación privada de tierras y ganados, imposición de la ley y el orden en todo el territorio, control del crédito- creó las condiciones que aseguraron la reproducción de esa fuerza de trabajo.

#### La oferta global de mano de obra

La constitución de una oferta efectiva de fuerza de trabajo y su sistemática expansión se alcanzaron, pues, a partir de la canalización de la mano de obra disponible al mercado y de la incorporación de mano de obra inmigrante. ¿Cómo se relacionaba este proceso de crecimiento con los requerimientos de la demanda? La información disponible sobre salarios (cap. V) muestra una tendencia al alza de jornales durante los años 1860-1870.

segunda de una estabilización en las décadas siguientes, junto a depresiones cíclicas muy marcadas además de fluctuaciones estacionales también significativas. Esta situación puede relacionarse con las variaciones de la oferta global de mano de obra. Aunque la evidencia es endeble, puede suponerse que en el largo plazo la expansión de la oferta global fue respondiendo a las necesidades de la demanda, pero que en el corto y mediano plazo no hubo tal correspondencia.

Esto, por otra parte, es bastante lógico. Si se considera los factores que concurrían a integrar esa oferta global, no hay duda de que la mano de obra de origen inmigrante constituía un componente más elástico que el que resultaba del crecimiento vegetativo de la población. Sin embargo, el número de extranjeros aumentaba en forma sostenida pero desapareja, y su afluencia no respondía necesariamente de manera inmediata a las fluctuaciones de la demanda de mano de obra.

Si se toman las etapas cíclicas de auge y crisis, tanto los datos sobre saldos migratorios y los índices de radicación<sup>13</sup> -que sólo son un indicador parcial en tanto se refieren a todo el país- como los comentarios de la época, parecen sugerir que las variaciones en la entrada y salida de migrantes no eran una respuesta automática o inmediata a la situación del empleo. Es probable que factores tan diversos como la coyuntura en el país de origen, las perspectivas mediatas que el trabajador vislumbraba en su lugar de destino, la situación familiar del protagonista, las posibilidades que ofrecía el sector autónomo, y otras variables que hacen tanto al contexto social como a la historia individual de cada inmigrante, incidieran en las decisiones. Cuando la situación de auge persistía o la crisis se tornaba muy aguda, la respuesta finalmente llegaba y aparecía entonces en el mediano plazo esa correspondencia entre inmigración y demanda de mano de obra que se ha señalado tantas veces.<sup>14</sup>

Menos elástica aún era la respuesta de la inmigración a los requerimientos estacionales de mano de obra. El mecanismo de la inmigración golondrina intercontinental no se observa para este período, y, por lo tanto, mientras en los meses de gran demanda de brazos todos los años se renovaban las quejas por la escasez de trabajadores, y los salarios aumentaban, en la temporada baja -el invierno- la caída de salarios, la desocupación y la subocupación, y aun la migración interna, eran los corolarios de la disminución de la demanda de mano de obra en casi todas las actividades.

## El mercado de trabajo

Gran expansión de los requerimientos de mano de obra y de la disponibilidad de brazos y falta de elasticidad relativa de la oferta global frente a la gran variabilidad de la demanda fueron entonces los rasgos más salientes de ese mercado de trabajo en formación, en un contexto de crecimiento económico sostenido pero marcado por agudas fluctuaciones. En términos globales, la economía toda mostraba coyunturas, estaciones, años enteros en que disminuía la demanda de fuerza de trabajo y caía el empleo, seguido de etapas de plena ocupación y alza de salarios. Pero además, dado que las empresas capitalistas se organizaron teniendo en cuenta esos altibajos, reprodujeron en su interior un patrón de empleo que favorecía los contratos cortos, los compromisos flexibles con sus trabajadores no calificados, y a la vez privilegiaron una organización productiva que utilizaba poca mano de obra especializada.

Estas condiciones tuvieron a su vez una influencia decisiva en la configuración que fue adoptando la oferta de mano de obra. En ese sentido, las consecuencias principales fueron la movilidad geográfica y ocupacional de la mano de obra y la tendencia a una escasa especialización.

En el contexto descrito, la flexibilización de la oferta efectiva de fuerza de trabajo para responder a las grandes variaciones de la demanda tuvo lugar no tanto como resultado del comportamiento de la oferta global de brazos, sino como consecuencia de la movilidad geográfica y ocupacional de la mano de obra en el interior del mercado de trabajo de Buenos Aires. En particular, este rasgo fue característico de la mano de obra de escasa o ninguna calificación, que constituía una proporción muy alta de la población ocupada de la provincia y, sobre todo, de la que estaba empleada en las actividades centrales de la economía de exportación. En 1869 más de la cuarta parte de población activa de la provincia estaba formada por peones y jornaleros, definidos en varios censos como "personal de fatiga que no tiene trabajo fijo". Además de quienes figuraban bajo esa denominación en las estadísticas, muchos otros trabajadores de oficios poco calificados estaban afectados por la misma inestabilidad del peón y, como él, vivían de "changas". Por otra parte, quienes se definían como poseedores de algún oficio que exigía poca especialización, con frecuencia no se limitaban a emplearse en las ocupaciones relacionadas con él. Así, se encontrará a esos trabajadores no solamente alternando entre empleos que requerían un nivel de

calificación semejante aunque éste fuera bajo, sino ocupándose "de lo primero que encontraban".<sup>19</sup>

Esta inestabilidad del empleo no solamente implicaba una alternancia entre ocupaciones sino también reiteradas entradas y salidas del mercado, que podían obligar al trabajador a vivir de sus ahorros, del salario de su mujer, o de la caridad, llevarlo a incursionar en actividades consideradas cada vez más como ilegales, o hacerlo ensayar ocupaciones autónomas, como la de vendedor ambulante o recogedor de huesos en los mataderos.

Por lo tanto, durante toda esta etapa, mientras se pusieron en marcha los mecanismos para asegurar la oferta disciplinada y regular de mano de obra y combatir a quienes pretendían vivir "sin trabajar", por otra parte, y como consecuencia misma del proceso de formación del mercado de trabajo, se creó un vasto sector de trabajadores estacionales y ocasionales, que se ocupaba temporalmente o intermitentemente, muchas veces cambiando de ocupación y recorriendo la provincia —y aun la región— en busca de empleo y mejor paga (ver capítulo IV). Se fue logrando así que la mano de obra estuviera disponible cuando era requerida, aun en un contexto en el que la escasez de brazos signaba los momentos de mayor actividad en las coyunturas de auge de la economía. Y si en 1855 un observador crítico señalaba que "los vagos, plaga innata de los países ricos y fértiles como el nuestro...pueblan la campaña... pero (el mal)...no se extinguirá de raíz hasta tanto que la civilización degrade al chiripá y el flujo de la inmigración coarte los medios de vivir sin trabajar", hacia 1880 un inmigrante italiano escribía a sus parientes: "...se qualcuno volesse venire si ricordi che il lavoro non lo aspetta, ma a lui toccherà a spettare il lavoro...".<sup>20</sup>

Estrechamente ligado al tema de la movilidad se presenta el de la calificación de la mano de obra. Las condiciones del mercado de trabajo en Buenos Aires favorecieron la acentuación de un rasgo que había sido característico de la mano de obra local desde muy atrás: el de su escasa especialización general. A partir de una situación de origen en que la población trabajadora mostraba un nivel de calificación muy elemental, se fue conformando una estructura productiva que, por otra parte, debido a la vulnerabilidad de la economía local frente a las coyunturas estacionales y a los ciclos internacionales, privilegió un tipo de organización que requería de muy pocos trabajadores calificados y que podía absorber o expulsar rápidamente a la mano de obra necesaria o excedente.

Esta escasa especialización general fue típica de todas aquellas ocupaciones vinculadas a la economía de exportación.

tanto en el campo como en la ciudad: estancias, puerto, mercados, barracas, obras públicas. Pero aun en las actividades relacionadas con el consumo urbano, las condiciones del mercado y de la producción muchas veces influían para estimular la escasa especialización. Por un lado, se trataba de un sistema productivo que tradicionalmente había funcionado sobre la base de una baja calificación general. Por otro, si bien a lo largo del período se fueron requiriendo trabajadores muy especializados para satisfacer el consumo de ciertos sectores que día a día refinaban sus gustos y costumbres, éstos sin duda constituían una minoría entre los trabajadores del sector. La mayoría estaba empleada en medida creciente en la fabricación de artículos de consumo masivo que iban reemplazando progresivamente a los importados. En ese sentido, eran trabajadores ocupados en talleres que seguían métodos de producción tradicionales—por lo tanto, con escasa especialización—y por las modernas fábricas que favorecían la división del proceso de trabajo y la formación de un tipo nuevo de operario semiespecializado, que rápidamente podía entrenarse en la técnica requerida.

Desde el punto de vista de los trabajadores, esta escasa especialización estuvo también muy vinculada al tema de la continuidad relativa en el empleo y de la escasa formación de tradiciones profesionales, aquellas que, transmitidas de padres a hijos, hacían de la calificación una suerte de patrimonio personal. La estabilidad del trabajador en su ocupación era relativa. Las crisis barrían con muchos de ellos y los obligaban a empezar de nuevo. Sobre todo, cada año la actividad estaba regida por ciclos de demanda-expulsión, que naturalmente eran mucho más violentos entre los trabajadores no calificados que entre los especializados, pero que también alcanzaba a éstos, de modo que casi nadie podía estar muy seguro de conservar su empleo.

Por otra parte, los períodos de auge abrían muchas oportunidades nuevas y no necesariamente en el sector de actividad en el que cada trabajador había venido desempeñándose. La inestabilidad en un empleo, la posibilidad siempre presente de conseguir mejor ocupación en otro, hacían que el trabajador se aferrara poco a su profesión y que probablemente en la carrera laboral de cada uno de ellos se produjeran varios cambios de profesión, a veces en niveles equivalentes—de sastre a zapatero, de albañil a carpintero—pero también mejores o peores, como en los casos de quienes, perdiendo su empleo, debieron recurrir a trabajos ocasionales, o en los de quienes, atraídos en ciertas coyunturas por los altos salarios del peón, buscaron en el campo la oportunidad de hacerse de unos ahorros. Probablemente esta

situación terminó por crear una suerte de comportamiento fijo de expectativas y hábitos, tanto del lado de los empleadores como de los mismos trabajadores, quienes, a diferencia de lo que ocurría en otras sociedades, no se sentían indisolublemente atados a su profesión (ver cap. VII).

De esta manera, sólo en ciertos casos se mantuvo una tradición de alta especialización de la mano de obra, y en esos oficios, los trabajadores cobraban salarios relativamente altos y gozaban de mayor estabilidad en el empleo.

#### *Diferenciaciones en el mercado*

Alta movilidad de la mano de obra y escasa especialización no se tradujeron sin embargo en un mercado de trabajo totalmente unificado, pues no existía realmente "...un ámbito de competencia universal, único, general y homogéneo para la compra y venta de fuerza de trabajo".<sup>17</sup> En efecto, se observa una clara segmentación por sexo, una cierta división entre mercado de fuerza de trabajo de escasa o ninguna especialización y aquel de la mano de obra muy calificada, sectorización que además se ve cruzada por algunas imantaciones que presenta el mercado en torno de los polos de ocupaciones predominantemente urbanas o rurales, o de los que asocian origen nacional y ocupación. No se puede hablar, sin embargo, de mercados de trabajo diferentes, escindidos, ni tampoco de un mercado con segmentaciones rígidas, pues, salvo en el caso de la separación por sexo que sin duda era muy fuerte, se trata más bien de bolsones diferenciados cuyos límites eran permeables y sufrían modificaciones permanentes.<sup>18</sup>

Más aún, esta diferenciación fue mucho menor que la presente en otras sociedades en la etapa de formación del mercado de trabajo. Así por ejemplo, si se analiza el caso de los Estados Unidos se encuentra que, en una primera etapa, no solamente no existía un espacio único de negociación sino que los ámbitos de intercambio se multiplicaron, en tanto el avance de la proletarización no había significado la pérdida de vigencia de los métodos tradicionales de trabajo que exigían la presencia de una mano de obra heterogénea en cuanto a su calificación y, por lo tanto, proclive a una escasa movilidad ocupacional. Esta multiplicidad de mercados reflejaba también las necesidades de la demanda, que estaba constituida básicamente por empresas capitalistas del sector industrial en expansión, donde perduraba una organización de la producción cuyos procesos de trabajo

seguían siendo los tradicionales. Sólo en una segunda etapa se produjo una revolución en ese sentido, con la incorporación en el nivel fabril de una división del trabajo que desagregaba las tareas a cargo de los trabajadores y convertía a éstos en piezas de un engranaje mayor, fuera de su control. Pudo conformarse así un patrón de demanda diferente, pues se requería mano de obra de poca especialización, intercambiable, móvil, en suma, más homogénea.<sup>19</sup>

En Buenos Aires, en cambio, el proceso mismo de constitución de una oferta de fuerza de trabajo apuntó a la creación de un sector cada vez más amplio de mano de obra no calificada, de alta movilidad, que constituía el núcleo principal del mercado de trabajo en formación. En este caso, el proceso estaba básicamente pautado por las necesidades de los sectores dinámicos del capitalismo de la región, que no eran los industriales sino los ligados a la producción primaria y a la exportación. Por lo tanto, si bien en materia de requerimiento de mano de obra la manufactura naciente mostraba ciertas similitudes con la de los Estados Unidos en una etapa semejante, puesto que ésta no representaba la fuente principal de demanda de mano de obra, tuvo una influencia secundaria en la manera en que fue conformándose el mercado. Por otra parte, la escasa presencia de trabajadores de alta especialización en los inicios de este proceso favoreció la tendencia apuntada a la homogeneidad.

Esa homogeneidad relativa no excluye, sin embargo, ciertas diferenciaciones que atraviesan este mercado. En primer lugar, la diferenciación por sexo, que lo dividía en dos grandes sectores. La división sexual del trabajo era tajante, de manera tal que pocos oficios concentraban casi todo el empleo femenino, mientras que el resto de las ocupaciones eran ejercidas en general por los hombres. A lo largo de todo el período, el servicio doméstico y la confección fueron los bolsones del trabajo de la mujer, tanto en la ciudad como en la campaña, y concentraban más del 80% del empleo femenino (ver cuadros 25 y 26). Las cifras sobre participación femenina en la actividad económica muestran una caída sistemática: del 54% al 39% entre 1855 y 1887 en la ciudad y del 40% al 27% entre 1869 y 1881 en la campaña (ver cap. II). Estos datos se refieren a la proporción de mujeres con ocupación dentro del universo de las que están en edades activas, pero nada expresan acerca de la participación femenina en el mercado de trabajo. En ese sentido, se dieron dos procesos paralelos. Por una parte, se fue conformando una fuerza de trabajo femenina a partir de la incorporación de productoras autónomas que fueron siendo absorbidas por el apa-

### El mercado de trabajo

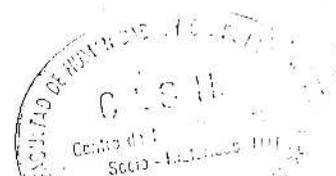
rato productivo capitalista,<sup>20</sup> y de mano de obra provista por la inmigración que, aunque fue mucho menor en el caso de las mujeres que en el de los hombres, de todas maneras constituyó un componente no despreciable de la oferta (ver cuadro 12).

Por otra parte, esta amplificación del mercado de fuerza de trabajo femenino produjo un realineamiento de las diferenciaciones que se manifestaban en su interior. Así, se fue desdibujando el límite estricto que hacia mediados de siglo separaba a la mano de obra de muy escasa o nula calificación cuyo destino laboral se encontraba casi con exclusividad en el servicio doméstico, de aquella compuesta por las escasas trabajadoras más especializadas que —a diferencia de la gran mayoría que se desempeñaba por cuenta propia— conformaban una oferta limitada para las tiendas o talleres que contrataban ese tipo de mano de obra en calidad de asalariada.

Surgió en cambio un espectro con muchos matices, y en la medida en que la mano de obra femenina empezó a ser contratada en talleres y fábricas para la realización de tareas que requerían muy poca especialización, en el mercado se fue produciendo una mayor unificación. Se fueron borrando entonces los límites que separaban el mercado para el servicio doméstico de aquel en el que se realizaban las transacciones entre oferta y demanda de otras ocupaciones más calificadas, aunque fue apareciendo una nueva barrera, la que separaba a las obreras en general de las trabajadoras con mayor especialización que se empleaban en tiendas de lujo o talleres para la confección de artículos para el consumo de la élite.

Por más diferenciaciones que hubiera en este mercado de fuerza de trabajo femenina, todas las mujeres recibían salarios más bajos que los hombres, no sólo porque las ocupaciones en que abundaban las mujeres eran las peor remuneradas sino porque, en cada una de ellas, las diferencias salariales entre mujeres y hombres eran notorias (ver cap. V). Esta situación de inferioridad salarial en los oficios de mujeres se dio en otros mercados de trabajo en proceso de conformación, y caracterizó —y aún caracteriza— a economías ya decididamente industrializadas del mundo occidental.

El sector del mercado de fuerza de trabajo masculina, por su parte, se encontraba cruzado por diferenciaciones diversas. En primer lugar, como ya se ha visto, existía un sector central de creciente importancia donde operaba una demanda proveniente de manera primordial de las empresas capitalistas vinculadas sobre todo a la economía de exportación, pero también al mercado de consumo interno en expansión, y cuya oferta era prin-



El principal tipo de mano de obra masculina que se perfilaba cada vez más como altamente móvil y de escasa calificación. Esta oferta había sido construida a lo largo del período, sobre la base del disciplinamiento de la fuerza de trabajo potencial de origen local y de la incorporación de población inmigrante que llegaba al país sin más capital que sus brazos. Si bien esto implicó que inicialmente se aplicaran una serie de medidas coercitivas tendientes a eliminar las posibilidades alternativas al trabajo asalariado para la subsistencia de la fuerza de trabajo potencial, el éxito de estas medidas, pero sobre todo la intensidad del proceso de acumulación capitalista que tuvo lugar en esos años en la provincia se tradujeron hacia la segunda mitad del período en la existencia de un mercado de trabajo muy competitivo, en el que una demanda en permanente fluctuación se satisfacía a partir de una oferta muy flexible, que respondía a los incentivos mercantiles de manera casi inmediata.

Esta creciente vigencia de los mecanismos mercantiles surge con toda claridad al analizar el tema de los salarios. Por definición, los trabajadores asalariados son aquellos que venden su fuerza de trabajo en el mercado a un empresario capitalista que, al hacer efectivo el salario, aparentemente paga el precio de la mercancía adquirida. En principio ese precio aparece determinado por la oferta y la demanda de fuerza de trabajo, variación que se da, sin embargo, dentro de límites socialmente establecidos y económicamente viables. Pero aun dentro de esos límites, no siempre el juego de la oferta y la demanda es el único determinante de los salarios, pues hay motivaciones no mercantiles que interfieren en su definición. Esto resulta bastante claro en la sociedad contemporánea y, por otros motivos, también lo era en Buenos Aires en el siglo XIX. A los mecanismos mercantiles se sumaban otros factores componentes de una compleja trama que, en cada momento, para cada ocupación y de acuerdo con las características del trabajador (calificación, sexo, edad, nacionalidad...), daba por resultado una pauta salarial determinada.

En el caso de los trabajadores no calificados, sin embargo, la situación fue variando a lo largo del período. En las circunstancias vigentes sobre todo hasta la década de 1860, cuando muchos trabajadores sólo participaban del mercado en forma esporádica y aleatoria, está claro que ellos no respondían necesariamente al incentivo salarial. No bastaba con que un estancero ofreciera un "buen" salario para que el peón aceptara contratarse o quedarse por una temporada, o que un dueño de carretas asegurase a su peones la mejor paga de la zona para que éstos no optaran por abandonarlo en la mitad del trabajo.

Tanto para entrar o salir del mercado como para preferir uno u otro empleo, ellos respondían a otros estímulos además de los salariales, con frecuencia originados en hábitos y tradiciones. A veces, para el peón podía resultar más importante que el patrón le ofreciera, antes que un salario alto, un adelanto o que el trabajo implicara su traslado hasta algún punto al cual quería llegar. En estas condiciones la fijación misma de los salarios estaba afectada por consideraciones no necesariamente mercantiles.

Estas pautas siguieron influyendo en las negociaciones salariales, pero hacia la segunda mitad del período ya no constituían un rasgo dominante. Para entonces, la movilidad que adquirió la mano de obra encontró en el incentivo salarial uno de sus motores principales. Así, en las temporadas de mayores requerimientos de mano de obra, los salarios subían y eran muchos los trabajadores que se movilizaban buscando la mejor paga. No todos ellos se adaptaron a estas pautas, pero el tono dominante del Buenos Aires del '80 sin duda era el de la búsqueda de oportunidades, aun para quienes tenían escasas posibilidades de obtenerlas (ver cap. V).

Este sector del mercado no incluía solamente a los que no tenían calificación alguna, sino también y cada vez más, a los trabajadores con cierta especialización, que se incorporaron a ese pool de fuerza de trabajo móvil. Así, si a principios del período podía detectarse una frontera que separaba al peón del trabajador "con oficio", aunque perteneciera a los escalones más bajos de una ocupación que exigía escaso entrenamiento, a medida que se avanza en el tiempo, ese límite se fue desplazando; para marcar una diferenciación entre el grueso de los trabajadores y aquellos de más alta calificación. En suma, hasta 1850 era poco probable que un carpintero o un zapatero se empleara de peón de campo, pero más tarde ese pasaje, o cualquier otro equivalente, se convertiría en una salida para las épocas de crisis o en una opción en los momentos de auge.

Diversos factores pueden haber contribuido a esta dinámica. Se ha señalado ya que la movilidad de la mano de obra fue resultado de un mercado de trabajo caracterizado por una demanda muy fluctuante. Pero habría que preguntarse también en qué medida el camino hacia la aceptación social de ese patrón de demanda tan variable no fue allanado tanto por la tradición de inestabilidad laboral que formaba parte de la experiencia colectiva de los trabajadores locales de baja calificación, como por la propensión de la mayoría de los inmigrantes a adaptarse a las reglas de juego de un mercado donde muchos esperaban encontrar las fuentes de su futura fortuna. J



A pesar de la alta movilidad de la mano de obra y de la vigencia de los incentivos salariales, este sector del mercado mostraba sin embargo algunas diferenciaciones en su interior, ciertos campos de financiación que se traducían de manera diversa. Así, por ejemplo, se detecta cierta asociación entre ocupación y nacionalidad, no excluyente pero de todas maneras notoria, algunas pautas de reiteración en la alternancia entre ocupaciones y una especificidad en lo referente al ámbito urbano o rural que tampoco es nula pero que no se puede ignorar.

Por ejemplo, con cierta frecuencia se puede asociar el trabajo en el medio rural—en las estancias—con el que se realiza en carretas y mercados. Criollos y vascos en su mayoría, los peones que se conchababan en esas tareas a menudo permanecían asociados a ocupaciones que se desarrollaban fundamentalmente en esos circuitos. Vascos también eran la mayoría de los peones de saladeros, tambos y hornos de ladrillo, mientras que los italianos predominaban como jornaleros en la construcción, tanto en la privada como en las obras públicas y en el tendido de los ferrocarriles, en la producción hortícola y agrícola que se llevaba a cabo en las quintas y chacras de los alrededores de la ciudad y de los pueblos cada vez más numerosos de la campaña.<sup>21</sup> Por su parte, los que tenían oficios típicamente urbanos, tendían a buscar la alternancia en el mismo ámbito, y así es como se encuentra a zapateros haciendo de cocheros o a albañiles de vendedores ambulantes.

Todas estas diferenciaciones sugieren la existencia de mecanismos no estrictamente mercantiles en el reclutamiento de mano de obra. Algunos quizás estaban vinculados a costumbres, preferencias y tradiciones de los trabajadores o de los capitalistas; otros, a la formación de redes sociales nuevas para la protección —y a veces para la mayor explotación— de los inmigrantes. Es así como ciertas ocupaciones fueron prácticamente monopolizadas por los trabajadores de una determinada nacionalidad, debido a una combinación de factores que iban desde la preferencia patronal hasta ayuda solidaria entre compatriotas.

Un sector mucho más pequeño del mercado era aquel que operaba con fuerza de trabajo muy especializada. De oferta restringida y demanda bastante más estable que la que caracterizaba al resto del mercado, se fue estructurando con reglas diferenciadas de funcionamiento. Mayor estabilidad en el empleo y sueldos más altos separaban a estos trabajadores del resto, pero además sus relaciones laborales estaban afectadas por mecanismos no mercantiles que operaban de manera diversa en cada caso. De hecho, este sector estaba definido por un conjunto

heterogéneo de ámbitos de negociación, relativamente independientes entre sí, en los cuales la demanda y la oferta estaban constituidas por universos bastante bien delimitados.

¿Cómo estaban conformadas estas áreas del mercado? Aunque el nivel de especialización en Buenos Aires fue bajo, su economía requería de trabajadores con diversos grados de calificación, requerimientos que fueron cambiando a medida que se fue transformando la estructura productiva de la provincia. En general se puede afirmar que fue en el sector secundario donde la mano de obra calificada tuvo mayor peso relativo. La presencia masiva de trabajadores de escasa especialización en actividades rurales vinculadas a la economía de exportación —transporte, carga y descarga, etcétera— y construcción de obras públicas, dejaba un margen muy pequeño, aunque muy diferenciado, para los trabajadores de alta calificación.

En el comercio, por su parte, el empleado por excelencia era el dependiente, tipo muy particular de asalariado, pues la relación que establecía con su patrón no solamente involucraba una transacción mercantil sino que estaba cargada de connotaciones no mercantiles muy fuertes. En este caso, es difícil afirmar que existiera un "precio de mercado" relativamente uniforme para esta clase de fuerza de trabajo, integrada en gran medida por jóvenes con cierto grado de instrucción (93% de ellos eran alfabetos en 1869).

En cuanto al sector secundario, la etapa se caracteriza por cierta continuidad en cuanto a la vigencia del oficio individual en tanto —como ya se ha señalado— los procesos de trabajo habían sufrido escasas transformaciones. Por un lado, un incremento en la calificación tal vez fue el signo distintivo de los trabajadores involucrados en la elaboración de artículos para el consumo cada día más refinado de la elite. Por otro, la vigencia de los oficios tradicionales fue notoria en la mayor parte de los talleres donde se manufacturaban productos de consumo más masivo, pues si bien muchos de ellos reunían a numerosos trabajadores, la división de tareas seguía las pautas de los oficios conocidos. La compartimentación del trabajo fue imponiéndose sólo gradualmente, y aun donde se incorporaba maquinaria, ésta en general no implicaba una desagregación de la tarea que tornara obsoleto el conocimiento artesanal (ver cap. VII).

En este mundo que conservaba entonces la vigencia de los oficios tradicionales, el conocimiento acabado de uno de ellos establecía una distinción muy clara con respecto a los trabajadores de menor calificación. Aquellos conservaban el control sobre el proceso de trabajo y aun sobre ciertos mecanismos de

aprendizaje y, desde el punto de vista del empleo, gozaban de mayor estabilidad y mejores salarios que el resto de los trabajadores.

Así, por ejemplo, los llamados maestros en las diferentes ocupaciones, y algunos de los oficiales, pertenecían a este sector de la fuerza de trabajo, mientras cada vez más los trabajadores de esos mismos oficios, pero de niveles más bajos, integraban el sector más competitivo del mercado. Muchos trabajadores de ocupaciones tradicionales afectadas por cambios técnicos recibían en 1887 remuneraciones similares a las de peón, o aun más bajas. Es probable que fueran empleados de talleres donde el proceso de producción requería trabajadores de poca especialización, "obreros en fábrica", como los llamó el censo de 1887 (ver cap. V).

Se ha apuntado ya que esta tendencia se fue acentuando y que si a principios del período era clara la diferencia entre peones y trabajadores con oficio —aun los de baja calificación— esta barrera fue corriendose de manera tal que sólo los muy especializados integraron luego los sectores diferenciados del mercado. Así, sólo las ocupaciones que requerían de mayor entrenamiento, como por ejemplo las de litógrafo, joyero, encuadernador o tapicero, mantenían una organización interna más cerrada, que daba lugar a la carrera en el interior del oficio y que permitía a quienes comenzaban a especializarse tener expectativas de continuar un camino ascendente. Por otra parte, los cambios que comenzaron a introducirse en la organización productiva exigían trabajadores especializados de un nuevo tipo, y oficios como el de mecánico y el de maquinista fueron cada vez más demandados. Éstos requerían todavía de la habilidad manual artesanal, en tanto las máquinas no estaban perfeccionadas aún y era necesario no solamente manejarlas, sino también saber acondicionarlas y repararlas. Progresivamente, sin embargo, estas tareas irían dejando de ser propias de trabajadores calificados para corresponder simplemente a los entrenados en la realización de una parte de la tarea. Pero ésa sería ya otra etapa, la de la mecanización y la división del trabajo, la del trabajador semiespecializado, la de la fábrica, etapa que se inicia hacia fines del período estudiado pero recién se perfilará con claridad hacia fines del siglo (ver cap. VII).

Pertenecer al sector especializado de la oferta podía resultar un privilegio en tanto daba acceso a estabilidad y salarios más altos, pero tenía también sus desventajas. No bastaba conocer bien un oficio para conseguir empleo rápidamente. Pero además, la adscripción demastado fiel a un oficio determinado podía re-

dundar en una menor flexibilidad para buscar oportunidades de mejor empleo, en una economía en rápida expansión que alternativamente ofrecía salarios más altos en diversas actividades según la coyuntura (ver caps. V y VII). Estas circunstancias reforzaron la tendencia apuntada a una escasa formación de tradiciones profesionales y alimentaron los mecanismos de movilidad de la mano de obra, aun en estos sectores diferenciados del mercado.

Con las diferencias apuntadas, de límites siempre variables, el mercado de trabajo de la provincia de Buenos Aires hacia 1880 se había convertido en un mecanismo adecuado para responder a las necesidades de una demanda de mano de obra fluctuante pero en continua expansión. La conformación de una oferta de fuerza de trabajo había sido un proceso complejo, impregnado de una buena dosis de coacción y violencia, pero para entonces encauzado y realimentado con la permanente incorporación de inmigrantes a la población trabajadora. No había implicado la masiva destrucción de formas de producción por cuenta propia, que continuaron expandiéndose y jugando un papel complementario de importancia en la economía de la provincia.

Un patrón de demanda de mano de obra tan variable como el que fue dibujándose en esta etapa, contribuyó a definir un mercado de fuerza de trabajo de gran movilidad geográfica y ocupacional y muy baja calificación. Ésta constituyó el núcleo más importante y en expansión de un mercado que mostraba también otros sectores menores, de fronteras imprecisas y cambiantes.

En países donde el proceso de industrialización constituyó el puntal del desarrollo capitalista, ya fuera a partir de una fuerte tradición artesanal —como en Inglaterra, por ejemplo— o de una historia productiva más nueva pero caracterizada por la vigencia de métodos de trabajo heterogéneos —como en los Estados Unidos— la conformación de una fuerza de trabajo libre —la "proletarización"— no implicó en una primera etapa homogeneización de la oferta en términos de calificación ni unificación del mercado. En Buenos Aires, en cambio, el camino fue diferente. En este caso, el proceso de acumulación fue liderado por el sector agropecuario ligado al aparato exportador, organizado por razones más viejas o más nuevas (escasez de mano de obra; dependencia del mercado internacional), de manera tal que privilegiaba la utilización de mano de obra poco especializada, los contratos cortos, el trabajo temporario. Por motivos diversos,

los demás sectores de la economía siguieron pautas semejantes.

Así, y a partir de una tradición colectiva de poca especialización y de inestabilidad laboral ("la anarquía de la oferta") y como resultado del surgimiento de un patrón de demanda muy fluctuante, se produjo una temprana estructuración de un mercado de gran homogeneidad, regido por mecanismos competitivos casi salvajes, y donde el incentivo salarial se convirtió en uno de los motores principales de la movilidad necesaria para flexibilizar la oferta efectiva de brazos.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Cf. Paul Singer: "Elementos para una teoría del empleo aplicable a países subdesarrollados", en V. Tokman y P. Souza: *El empleo en América Latina*. México, Siglo XXI, 1976.

<sup>2</sup> Una interesante reflexión acerca de la relación de los distintos tipos de trabajadores con el mercado, en Adriana Marshall: *La oferta de fuerza de trabajo. Algunas consideraciones conceptuales y metodológicas*. Buenos Aires, FLACSO, 1975 (mimeo) y Paul Singer, Elementos para una teoría del empleo.

<sup>3</sup> Estos porcentajes son sólo aproximativos y han sido calculados sobre la base de la información referida a la estructura productiva incluida en el cap. II y de aquella que incluyen los censos de 1881 y 1887 para campaña y ciudad respectivamente.

<sup>4</sup> En el año 1862, por ejemplo, mientras en los meses de enero, febrero, marzo, abril y diciembre el número de carretas Ingresadas al mercado Once de Setiembre osciló entre mil y dos mil, en agosto fue sólo de diez. En el mercado de Constitución en el mismo año se encuentra que los meses de mayor afluencia de carretas (entre 1.500 y 1.800) fueron los de enero y diciembre, mientras que nuevamente agosto fue el mes de baja, con sólo 94 carretas ingresadas. Ver AGN, Sala X, Policía, Tablada, Corrales y Mercado, 1861 a 1863.

<sup>5</sup> *El Industrial*, 1º de mayo de 1876.

<sup>6</sup> P. Singer, Elementos para una teoría del empleo.

<sup>7</sup> AGN, Sala X, 32-8-3, Policía, Solicitudes particulares, 1874.

<sup>8</sup> La ley del 27 de junio de 1876 se incluye en un conjunto de sucesivas medidas para reducir los gastos del estado. Véase José Carlos Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo económico, 1860-1880*. Solar-Hachette, 1971. Sobre la crisis, véase Roberto Cortés Conde, *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina, 1862-1890*. Sudamericana, 1989, cap. III.

<sup>9</sup> Como se ha visto en el capítulo I, el número de hombres y mujeres en edad de trabajar creció a una tasa algo menor que la población total, pero de todas maneras se expandió notablemente en esos años.

<sup>10</sup> Tullio Halperin Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires", en T. Di Tella y T. Halperin Donghi (comps.), *Los fragmentos del poder*. Jorge Álvarez, 1969.

<sup>11</sup> Hoy se discute la versión de una escasez crónica de mano de obra en el Río de la Plata para el periodo anterior a las Guerras de la Independencia, pues se argumenta que la alternancia de medios de vida observable en la población rural era el resultado de un patrón de demanda estacional de trabajo asalariado, que obligaba a los habitantes de la campaña a buscar otras formas de subsistencia para los periodos en que escaseaba el empleo. Para mediados de siglo, sin embargo, está claro que la alternancia era ya una forma de vida y que no respondía necesariamente a los requerimientos de la demanda. Para el debate acerca de la tardía colonia véanse los artículos aparecidos en *Anuario IEHS*, 2, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1987; también, Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman: *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial. Estudio sobre producción y mano de obra*. Biblos, Colección Cuadernos de la Fundación S. Rodríguez, 1989 y la serie de artículos sobre el tema publicados por la *Hispanic American Historical Review*, 69, 4, nov. 1989.

<sup>12</sup> Como se ha señalado más arriba, la conformación de ese proletariado aquí no implicó—como en otras sociedades—la masiva destrucción de formas de producción por cuenta propia básicamente urbanas o rurales de subsistencia (campesinado).

<sup>13</sup> Los índices de radicación para el periodo 1857-1924 se encuentran en Gustavo Beyhaut, Roberto Cortés Conde, Haydée Gorostegui y Susana Torrado, "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino", en T. Di Tella, Gino Germani y colab., *Argentina, sociedad de masas*. Eudeba, 1965, pág. 116. Un conocido cuadro sobre flujos migratorios a partir de 1874 se encuentra en Ernesto Tornquist, *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos cincuenta años, 1920*.

<sup>14</sup> Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino*. Sudamericana, 1979, cap. IV.

<sup>15</sup> AGN, Sala X, 35-7-4, Policía, Partes de sección, julio 1874.

<sup>16</sup> Provincia de Buenos Aires, *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires*, 1º semestre de 1855, Nº 5 y 6; Carta de Placerano Leonardo a su padre, fechada en Buenos Aires el 9 de julio de 1890, citado en Emilio Franzina: *Merica, Merica*. Milán, Feltrinelli, 1979, pág. 119.

<sup>17</sup> David Gordon, Richard Edwards y Michael Reich, *Segmented Work, Divided Workers: The Historical Transformation of Labor in the United States*. Nueva York, Cambridge University Press, 1982, pág. 14 (T.A.).

<sup>18</sup> La heterogeneidad del mercado de trabajo ha sido señalada como un rasgo típico de las sociedades capitalistas contemporáneas y existe una abundante bibliografía que analiza este fenómeno desde diversas perspectivas, dando lugar a teorías diferentes sobre el funcionamiento del mercado y los factores que inciden en la diferenciación. Una bibliografía de los principales trabajos producidos en los Estados Unidos e Inglaterra sobre esta cuestión se encuentra como apéndice del artículo de Jill Rubery, "Structured Labour Markets, Worker Organization, and

Low Pay", en Anthony Giddens and Held (eds.): *Classes, Power and Conflict*. Londres, The Macmillan Press, 1982, págs. 349-350.

<sup>18</sup> D. Gordon, R. Edward y M. Reich, *Segmented Work*.

<sup>19</sup> Como se explica en el capítulo II, esto ocurrió en el caso de las costureras.

<sup>20</sup> Ver, entre otros, Víctor Gálvez, *Memorias de un viejo*. Solar, 1942, pág. 128 y ss.; Horace Rumbolt, *The Great Silver River. Notes of a Residence in Buenos Aires, 1830-1831*. Londres, 1887, pág. 114 y ss.; M. S. y E. T. Mulhall, *Manual de las Repúblicas del Plata*, 1876, pág. 37 y ss.; Thomas Hinchliff, *Viaje al Plata en 1861*. Hachette, 1955, cap. II; Thomas Hutchinson, *Buenos Aires y otras provincias argentinas*. Huarpes, 1945, cap. XXXI; José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Espasa Calpe, 1946, cap. 12; Parliamentary Papers: *Commercial Reports*, (b) *Embassy and Legation*, 1881, vol. LXXXIX, pp. 157-159; Archives des Affaires Étrangères, *Correspondance Commerciale*, Buenos Aires, vol. 4, fs. 138, consular, Buenos Aires, 30/9/1855.

#### IV

### El trabajo ocasional

Hacia 1850, la presencia de una alta proporción de trabajadores ocasionales en Buenos Aires era un dato conocido para sus habitantes. Entre estancieros y autoridades, su figura tendía a identificarse cada vez más con la de los "vagos" o "malentretendidos". Sin embargo, aun para algunos propietarios esa identificación resultaba un tanto excesiva, y cuando le preguntaron a Martín Galnza respecto a estos hombres que encontraban maneras diversas de asegurar su subsistencia, reflexionó así: "Los vagos, palabra de difícil clasificación entre nosotros. ¿Cómo clasificar de vago a un hombre que tiene diez o quince caballos, que trabajó cuatro o cinco días al mes, que gana 150 o 200 pesos y los restantes lo pasa sin hacer nada? Clasificarlo como tal, resultarían vagos más de la mitad de nuestros hombres de campo".

En las décadas siguientes, el disciplinamiento de esta mano de obra potencial que pasaba parte importante de su vida "sin trabajar" contribuyó a conformar una oferta estable de fuerza de trabajo para el mercado en formación. Para 1880, la figura del "vago y malentretendido" era sólo residual. Sin embargo, los trabajadores ocasionales seguían teniendo una presencia importante en la provincia. Para entonces, se trataba de un resultado del proceso mismo de consolidación del mercado de trabajo que, como se ha señalado, favorecía la movilidad geográfica y ocupacional así como la escasa especialización de la mano de obra y dio lugar a la expansión de un vasto sector de trabajadores que se empleaban de manera temporal, alternando ocupaciones, entrando y saliendo del mercado.

En consecuencia, durante estas tres décadas coexistieron, se entrelazaron y confundieron dos formas diferentes de empleo ocasional que reconocen distintos orígenes y características. Por

## IX Los trabajadores

Trabajador ocasional o calificado, cuenta propia o asalariado definen distintos tipos de trabajadores. En sociedades más o menos estables, donde éstos permanecen largamente en una posición, e inclusive sus hijos la conservan, las características de cada forma laboral se incorporan, por la vía de las tradiciones, a sus experiencias y su cultura. ¿Fue éste el caso de Buenos Aires? La fluidez de la situación, la inestabilidad del mercado de trabajo, fuente permanente de incertidumbres y a la vez de oportunidades, indican que no. Los trabajadores circulaban habitualmente entre distintos tipos de trabajos, porque así eran las reglas del mercado, y además porque se habituaron a aprovechar cada una de las posibilidades que se les ofrecían.

Todo esto configuró una serie de características de los trabajadores que no se agotan en las de cada uno de sus tipos. ¿Cómo eran las experiencias de quienes entraban al mercado? ¿Cuáles eran su estrategia y sus objetivos para encadenar ocupaciones, elegir o descartar oportunidades? ¿En qué medida las características de este mercado los fueron modificando, acentuando unos rasgos, apagando otros? Claramente no hay una respuesta única. Pero entre las infinitas historias individuales pueden señalarse algunas características comunes a grupos amplios, combinadas luego de diversos modos. Ser criollo o extranjero; ser hombre, mujer o niño, poseer o no alguna calificación; tener familia, amigos o compadres, todo ello define un conjunto de dotes y aptitudes básicas, a las que se suman las específicamente personales.

Dotes y aptitudes, características del mercado, y un sinnúmero de otros factores difíciles de precisar —y que desde la perspectiva personal eran vistos como "suerte"— conforman las historias de estos trabajadores, que pueden referirse a dos mo-

delos típicos, el del ascenso y el del descenso, normalmente coincidentes en cada historia individual. Ambos modelos, sin embargo, contribuyeron a configurar y decantar un conjunto de expectativas, aspiraciones y valores de los trabajadores de Buenos Aires.

¿Quiénes eran los trabajadores de Buenos Aires a mediados del siglo pasado? Algunos ya estaban de antes: los criollos del campo o los más complejos de la ciudad, donde había bastantes extranjeros. A medida que las posibilidades de trabajar aumentaban, muchos vinieron de las provincias del interior, particularmente hombres para las estancias y mujeres para el servicio doméstico. Pero muchos más vinieron del extranjero, al punto que en 1869 los inmigrantes constituían más de la mitad de la población trabajadora de la provincia.

No sabemos cuántos de ellos se quedaron en Buenos Aires, pero ciertamente la ciudad y su campaña eran por entonces su destino principal. Predominaban entre ellos los italianos —un conjunto heterogéneo, proveniente de un país que apenas empezaba a unificarse y que incluía a napolitanos, ligures o piemonteses— y luego los españoles, los franceses —con vascos de uno y otro lado de los Pirineos— y los irlandeses, de importancia en la campaña. Esta masa de extranjeros imprimió su sello a la población, predominantemente joven, predominantemente masculina.

¿Por qué venían? Familias con muchos hijos, tierra escasa y de rendimiento parco, campesinos expulsados, ciudades hacinadas, profesiones en crisis... la revolución demográfica, la crisis y reconversión agrícola están en la base de un movimiento general de la sociedad europea, que empujaba a grandes masas fuera del continente, y que incluía movimientos menores, causas locales y específicas: una revolución, una guerra, una peste quizá.

Pero además de expulsión había atracción: la esperanza del empleo, del buen sueldo, del ascenso. Los alentaban noticias bastante concretas. En Buenos Aires se decía —y lo mismo se decía de Nueva York, California y Australia— hay empleo abundante y los salarios son altos. A veces eran rumores consistentes, noticias del amigo de un pariente o del pariente de un amigo. Otras, eran los propios interesados en promover la emigración quienes los divulgaban, y encima daban facilidades para viajar. Ya en la década de 1840 la casa Llavallo había contratado gallegos, a quienes adelantaba el pasaje —los traían apretados como sardinas, se decía— y los hacían trabajar hasta que saldaban

su deuda. Luego fueron los agentes de inmigración y los consules quienes montaron un sistema de propaganda, destinado a desviar hacia el Plata la corriente de emigrantes. Más tarde, cuando Buenos Aires emprendió algunas grandes obras públicas, las compañías contratistas hicieron esfuerzos espectaculares para reclutar trabajadores. Montada sobre una situación real —la expansión de la economía bonaerense— se creó una imagen de bonanza tal que muchas veces, preocupadas y previsoras, comenzaron a tratar de aclarar que no siempre el empleo esperaba al inmigrante.

Hoy podemos saber que los empleos quizá no alcanzaban para todos —o al menos que no se multiplicaron indefinidamente— y que los salarios, aunque fueron altos en términos nominales, no siempre lo eran en términos reales. Pero ciertamente las noticias que circulaban sobre una cosa y otra influyeron poderosamente para que muchos —y no necesariamente los más desesperados— se vinieran. Se trataba de noticias generales, poco precisas, distorsionadas, que tardaban en llegar y que probablemente —dado lo fluctuante de la situación en Buenos Aires— cuando llegaban ya no eran ciertas. No tendría sentido traducir este fenómeno en términos cuantitativos, ni suponer que la sola diferencia salarial explica un hecho tan complejo como la emigración, como si los interesados lo conocieran todo y carecieran de todo prejuicio, de toda cultura. Pero la expectativa de un empleo, un buen salario, un horizonte abierto, amasada con la situación real de vida, está sin duda en la base de una verdadera experiencia: la del emigrante.

Porque el que emigraba hacía una apuesta fuerte. Si la posibilidad tentaba a muchos, sólo algunos se decidían: quizá los que tenían menos raíces, o menos que perder, o los que se sentían menos atrapados por la tradición y la costumbre, o los más ambiciosos. En cualquier caso, quien emigraba venía a hacer una cosa, prioritaria y casi excluyente: trabajar.

Una apuesta parecida, aunque menos dramática, habían hecho los hombres que venían de Córdoba, Mendoza o Santiago del Estero a trabajar en las estancias, o las mujeres que dejaban el campo para servir en las casas de la ciudad. No siempre era una decisión única y radical, como la del inmigrante extranjero. Muchos de ellos acostumbraban ir y venir, de las provincias a Buenos Aires, en tropas de carretas y arcos de ganado, o a trabajar unos meses en la esquila, hasta que un día decidían afincarse. También para ellos trabajar era el objetivo principal, la razón del cambio.

Para los que ya estaban en Buenos Aires, la situación era

un poco distinta, y la exigencia de trabajar menor. La campaña, abierta, ofrecía muchas posibilidades de subsistencia para quienes tenían pocas necesidades materiales: había ganado suelto, aves-troces, perdices, y también pulperos poco inquisitivos y una frontera indígena que no era hostil. En la ciudad, en las primeras décadas del siglo, la carne sobraba en el matadero y el pescado no vendido se abandonaba en la orilla del río. Tanto en el campo como en la ciudad eran posibles las ínfimas actividades por cuenta propia —desde criar gallinas a vender fruta— y eventualmente el mendigar, todo lo cual permitía eludir el trabajo, o circunscribirlo a lo necesario para satisfacer las necesidades mínimas: algo de ropa, yerba, tabaco o güebra.

A mediados de siglo, y aunque las condiciones reales habían ido cambiando sustancialmente, se trataba de una experiencia hondamente arraigada, que seguía operando, estableciendo valores y patrones de conducta, levantando barreras a las exigencias externas, cada vez más apremiantes, dificultando quizá la adaptación a las nuevas condiciones.

Así, en este proceso de expansión económica, muchos trabajadores estaban dispuestos a incorporarse plenamente a él, y otros eran fuertemente relictos. Con los primeros, el pujante sector capitalista, y el estado que lo apoyaba sistemáticamente, sólo necesitaron atraerlos y crear las condiciones para su llegada. Pero con los segundos, fundamentales hasta tanto la inmigración alcanzara un volumen de envergadura, debieron combinar los elementos de atracción con medidas que, drásticamente, eliminaron las alternativas y los empujaron al trabajo regular.

### *La experiencia del mercado de trabajo*

La pregunta sobre si era necesario trabajar —que en forma cada vez más incluíble se respondía por la afirmativa—, para el trabajador derivaba inmediatamente en otra: dónde hacerlo. Pese a que se trataba de una economía abierta y en expansión, el espacio para la elección no era igual para todos. En el caso de los gauchos de la campaña, se trataba de someterse a las exigencias y aceptar las condiciones que el sector más dinámico de la economía —la producción ganadera— les imponía a través de una combinación de coacción, eliminación de alternativas y atracción.

Por ese camino, el desempleo ocasional de tareas rurales se transformó en permanente necesidad —no siempre satisfecha— de buscar trabajo. Más que de elección de una actividad entre varias

posibles, se trató de la resignada aceptación de un destino —el de peón de campo— que solía ir unida a la incertidumbre por el empleo y la nostálgica lamentación por la pérdida de la libertad, por la desaparición de un mundo sin alambrados, Jueces de Paz o policías. Pero probablemente la decisión fue menos abrupta y dramática de lo que quiere la conocida épica gauchesca: acostumbrado a entrar y salir más o menos regularmente del mercado laboral, variando quizá de actividad, es posible que los intervalos fueran haciéndose más cortos —a medida que las necesidades urgían más, o que las atracciones del salario resultaban más tentadoras—, las variaciones más regulares, los empleos más estables.

Para los que, lanzados al mercado, se incorporaban activamente al trabajo, buscando la mejor oportunidad —es decir, todos los inmigrantes, y también muchos de los criollos— las posibilidades eran bastante más variadas, aunque no todas igualmente disponibles: los condicionamientos de la demanda —que sucesivamente requería más mano de obra en la esquila, el puerto o la obra pública— orientaban o restringían la elección.

Los trabajadores voluntarios y activos se empleaban "en lo primero que encontraban", combinando y dosificando en cada caso la urgencia, la conveniencia y el gusto. Por ejemplo, era corriente que quien llegaba pensando en ejercer un oficio debiera esperar hasta que la ocasión se diera, y mientras tanto tomara otro tipo de empleos, menos calificados, que eran los más abundantes. Para el inmigrante, sobre todo, se trataba de la pura posibilidad: ir al campo o quedarse en la ciudad; incluirse como simple peón de esquila o ser puestero o aparcerero; emplearse como changador en el puerto o la Aduana, ir a trabajar a un saladero o enrolarse en una cuadrilla de obras públicas; entrar en un taller, o quizá como dependiente de comercio, y si poseía algunos medios o sobraba audacia, lanzarse a la aventura por cuenta propia. Si era mujer, probablemente debería elegir entre el servicio doméstico o instalar un puesto callejero. Finalmente, a falta de algo mejor, siempre estaba la posibilidad de la venta ambulante y de los mil modos de sobrevivir en la calle. Había, en suma, muchas maneras de empezar; dependía de la coyuntura que ésta fuera más o menos afortunada; pero probablemente nadie pensó que la primera apuesta fuera la definitiva. La experiencia que se acumuló y sedimentó, más bien, fue la de la oportunidad, que debía buscarse, que si se presentaba había que atrapar por el más delgado cabello.

Esa posibilidad era precisamente la que había atraído a la mayoría de los inmigrantes, provenientes en general de sociedades

relativamente tradicionales, donde cada miembro tenía su lugar ya hecho, o en su defecto la seguridad acerca de los que nunca llegaría a ocupar. Para ellos, el Río de la Plata atraía por su falta de historia, su aire de frontera, la libertad, la oportunidad.

Quizá con sorpresa, descubrieron que la realidad no era exactamente así, y que en muchas zonas de esa sociedad reinaba la limitación, la coacción, y un paternalismo en el que pesaban mucho más los deberes hacia la autoridad que los dones que, reciprocamente, aquella solía otorgar.

Descubrieron que a muchos los ponían a trabajar en un determinado lugar, sin preguntarles si querían hacerlo o no, y que a otros muchos no los dejaban marcharse: presos o prisioneros de guerra, pero también infinidad de jóvenes y niños, dados por sus padres, sus ocasionales tutores o simplemente el juez, como criados o como aprendices, condiciones que habitualmente no diferían demasiado. Hasta les ocurría a algunos artesanos calificados, cuya pericia el patrón quería monopolizar. Imponía condiciones, exigía obediencia, pagaba poco a veces, y sobre todo no permitía que el trabajador se fuera y abandonara el empleo, que persiguiera su oportunidad. Garantizaba esa estabilidad la larga mano de la Justicia y la Policía —convertida ésta en árbitro último de las cuestiones laborales—, siempre extendida sobre prófugos y evadidos.

Ciertamente, el patrón ofrecía la protección necesaria para adaptarse a un medio extraño, duro e implacable, y para sobrevivir en él. Muchos la buscaron, quizá porque no difería tanto de la que habían tenido en las zonas más tradicionales de Italia o España, quizá porque aquí no se sentían seguros para echarse a andar solos. Su precio era la deferencia y el respeto, pero también retribuciones más concretas: los "empresarios" de peones de Aduana —que adjudicaban o quitaban discrecionalmente el empleo— contaban con su disciplinado aporte el día de las elecciones, cuando —aunque la ley no los autorizaba— muchos extranjeros concurrían al atrio. Incluso cuando el patrón era un connacional, un familiar más o menos cercano, o hasta el propio padre o marido, la protección que naturalmente derivaba de la relación podía encubrir una dura explotación: salario escaso o no pagado, jornada sin límite, a cambio de la vivienda o la comida aseguradas.

Para los recién llegados, la sociedad ofrecía dos rostros, uno contractual y liberal y otro más tradicional, a veces paternal y a veces coactivo. Para los más decididos al cambio, fue una desilusión o una frustración: un ámbito que prometía ser liberal y contractual —y así lo había escrito en su Constitución— pero que

conservaba mucho de lo negativo que la sociedad patricia reservaba a los trabajadores. Para otros, se trataba de un precio razonable, una forma de suavizar la adaptación y de no romper totalmente con la propia tradición, reconstruyendo algo del mundo de origen. Para la mayoría, probablemente, fue una mezcla de las dos cosas, valoradas más o menos según la coyuntura y oportunidad.

La misma situación suscitaba impresiones distintas y generaba experiencias diferentes en quienes ya la conocían desde antes, cuando la libertad del trabajador se asentaba en el mismo primitivismo de una sociedad aún laxa y flexible. Para ellos, la novedad de la segunda mitad del siglo residía en la manera como la expansión de la economía de mercado —traducida en una exigencia creciente de trabajadores— se manifestaba en nuevos mecanismos coactivos y disciplinadores, con los que la figura del patrón se fundía con la del juez o el comisario. Para ellos no se trataba de reflejos de una vieja sociedad sino de los mecanismos muy modernos, crueles, impersonales y escasamente patriarcales de una nueva sociedad capitalista que daba sus primeros pasos.

Pero ninguna de estas dos experiencias llegó a cristalizar en una imagen definitiva. En ciertos casos, los mecanismos coactivos, de origen tradicional, fueron declinando. En otros, el mismo flujo creciente de inmigrantes los hizo innecesarios: abundaron los aspirantes a peones y hasta los trabajadores con un conocimiento básico de un oficio. También dieron sus frutos los mecanismos coactivos, que impusieron el hábito del trabajo a quienes solían recurrir a él sólo ocasionalmente. Si alguna excepción se intentó mantener, fue en el servicio doméstico: a medida que la expansión creaba oportunidades alternativas para las mujeres, los patrones intentaron reforzar el lazo de la domesticidad, pero el éxito fue mínimo. En conjunto, la sensación de la presencia de estos mecanismos compulsivos, que debe de haber sido fuerte en los años de 1860, parece haber declinado en la década siguiente, para desaparecer casi por completo hacia 1880.

La situación de los trabajadores domésticos era excepcional. En el conjunto de las actividades, si bien la expansión impulsaba un crecimiento general de la demanda de trabajadores, las variaciones estacionales eran muy importantes y las fluctuaciones cíclicas muy pronunciadas como para que los empleadores aspiraran a compromisos largos con sus trabajadores.

Esta situación laboral inestable hizo que los trabajadores vivieran en una permanente incertidumbre acerca de su empleo y su remuneración. Esta incertidumbre, ya fuera leída a través

de las expectativas de los que querían progresar o de la resignación de quienes no encontraban alternativa al trabajo, constituyó su experiencia laboral básica, al punto de organizar conductas a través de las cuales el trabajador buscó, él mismo, las ventajas de la inestabilidad.

Estaba la incertidumbre sobre el monto de sus ingresos, muy importante para quienes habían cruzado el océano en busca de la prosperidad. Empleo fácil, buenos salarios, o atractivas ganancias para quienes se ocupaban por su cuenta habían sido el imán para los inmigrantes. ¿Era así? La respuesta no es igual para todos, ni es la misma en todo momento. Los que tenían alguna calificación y encontraban el trabajo adecuado para ella ganaban —como en cualquier otra parte— el doble que un jornalero en la misma actividad, pero muchos trabajadores con oficio debían darse por satisfechos con un empleo de peón, o aun con vender fruta en la calle.

En ciertas actividades estacionales —sobre todo en el campo— y en ocasiones en algunas grandes obras públicas, en ciertos momentos pico de la demanda, el trabajador que se decidía por ir a esquilhar o cavar zanjas podía obtener muy buenos salarios, sobre todo cuando el pico estacional se conjugaba con un ciclo expansivo y con alguna escasez de trabajadores. Pero eran muchos los factores que debían conjugarse para esta bonanza, y ningún trabajador podía hacer grandes planes sobre esa base. Lo mismo le ocurría al trabajador por cuenta propia: para los de ínfimo nivel, estaba el riesgo de una competencia masiva cuando se cerraban otros empleos; para los otros, las bajas estacionales o el sacudón de las crisis. Unas veces los salarios les permitían ahorrar, como era su ilusión, sobre todo antes de 1873, pero en otras sólo les permitía sobrevivir. Este mismo nivel mínimo tenía un sentido ambiguo, pues las necesidades del trabajador casado, responsable de una familia, diferían de las del soltero. Por otra parte, unas eran las necesidades de quienes, como los peones rurales nativos, habiendo vivido más bien en los márgenes de la sociedad, tenían un conjunto mínimo de apetencias por satisfacer, y otras eran las de quienes, como los artesanos extranjeros, conocían todo lo que podía comprarse con el dinero. Para ellos mismos, el nivel de supervivencia estaba condicionado por su proyecto de vida, sobre todo si, obsesionados por alcanzar la ansiada meta del negocio o el taller propio, compraban sus gastos al mínimo.

Más cotidiana era la incertidumbre sobre la duración del empleo. Los trabajadores estacionales —los más acostumbrados a ello— no podían prever a ciencia cierta dónde los sorprendería

la estación siguiente. Para quienes se empleaban como peones en la obra pública, la incertidumbre empezaba por el número de días que trabajarían en cada semana, seguía con la de la duración de la obra (amenazada por las recurrentes dificultades financieras de los gobiernos) y terminaba con las dudas sobre la posibilidad de enganchar una obra que terminaba con otra que empezaba. Quien se empleaba en un taller ignoraba cuánto sobreviviría éste -las quiebras eran habituales, aun en épocas normales- y también si el patrón decidiría mantenerlo o no en la temporada baja. Quien trabajaba en el comercio -una ocupación en general peor paga pero más estable- tenía también el fantasma de la quiebra, y hasta el empleado público podía sufrir, en una crisis, los rigores del despido.

A esto se sumaba otra incertidumbre: cuándo y cómo cobraría. Generalmente, el dinero contante y sonante, el que permitía comprar cosas, enviar algo a la familia en la patria lejana o llenar la alcancía, llegaba tarde y mal a manos del trabajador. Era común que parte de su retribución viniera en forma de manutención o alojamiento y también que el trabajador se convirtiera en acreedor de su patrón. A veces estas deudas eran preferidas por el trabajador, como una forma sencilla de ahorro, pero en la mayoría de los casos era el propio patrón quien dilataba los pagos, por falta de efectivo o para atraer y controlar a los trabajadores. Lo cierto es que éstos, dueños hipotéticos de una cierta cantidad, que constituía su ahorro, o simplemente su reserva para la baja estación, debían estar permanentemente dudando de si realmente se reunirían con su dinero.

¶ Pero la incertidumbre mayor la provocaban las crisis, cuya intensidad fue en aumento: la de 1857, la de 1866, la de 1873, que se prolongó en una larga depresión. La crisis incluía golpes fulminantes y espectaculares: paralización de algunas obras públicas y miles de desocupados; brusca contracción y quiebras en cadena. Luego, una recesión más o menos larga, donde para sobrevivir había que trabajar en algo peor y peor pago que lo anterior, u ocupar transitoriamente alguno de los escasos empleos, sometidos a una rotación regida por la escasez. La crisis fue, para muchos inmigrantes, el momento de la derrota, de la apuesta perdida, de la decisión de partir a otro destino o de volver al terruño. La crisis culmina la inseguridad laboral, y termina de conformar la experiencia de la incertidumbre.

La crisis es riesgo sumo pero también ocasión de cambio, oportunidad para posibilidades que antes estaban bloqueadas pero a las que el derrumbe general abre un campo inesperado. Esto vale para toda la situación de los trabajadores en este periodo.

cuyo destino está marcado por la inseguridad pero también por la oportunidad, que se acostumbraron a sobrevivir en la incertidumbre pero también a beneficiarse de la inestabilidad, a buscar el cambio, a especular, a cambiar de empleo tras de un salario mejor. Esta situación derivaba de dos fuerzas que simultáneamente actuaban sobre la sociedad porteña: una que tendía a homogeneizar la situación de los trabajadores y otra que abría ocasiones para la prosperidad individual. Dos caminos. Acertar con el bueno, el ganador, requería de algunos dones personales, y de mucha suerte.

### Dones y aptitudes

En un escenario laboral complejo, donde los límites de la supervivencia y el ascenso no estaban demarcados separados, era necesario moverse con una cierta pericia, y ésta estaba desigualmente repartida. Además de las condiciones estrictamente personales, había otras que definían para cada trabajador ventajas e inconvenientes, posibilidades abiertas o vedadas, triunfos o handicaps.

Por empezar, no es lo mismo ser criollo o extranjero. El inmigrante -y sobre todo el recién llegado- desconoce el idioma y el medio, y al principio se mueve con torpeza. Otro handicap: le están vedados algunos empleos en el estado, para los que es requisito ser nativo. Pero frente a estas desventajas, los extranjeros tienen generalmente varios puntos a favor: están exentos de las levas, que castigan a los criollos, pero sobre todo vienen a trabajar, y la mayoría, cada uno en su estilo, a prosperar, lo que les permite establecer rápidamente prioridades, elegir entre estabilidad y un buen ingreso inmediato, entre comodidad y riesgo, entre trabajo intenso y bien pago, o tranquilo y modesto, entre lo seguro que tiene y lo novedoso y riesgoso que se le ofrece. Los convierte, en suma, en buscadores de oportunidades. Este atributo no deriva de que sean extranjeros sino de que la misma emigración ya ha operado entre ellos una selección y ha determinado una ruptura con las formas más tradicionales de su cultura.

Los criollos, en cambio, deben sufrir este tránsito, que algunos logran a veces y otros no. Su cultura, aunque los acostumbró a la ocasionalidad, no los dotó demasiado eficazmente para correr tras de la oportunidad; su bagaje técnico tradicional, que podría haber sido un triunfo en muchas tareas -arrear o desollar ganado, por ejemplo- fue fácilmente apropiado por los

inmigrantes. Su cultura tradicional no les sirvió siquiera para librar batallas de retaguardia contra los avances de la modernización, que encontró escasas resistencias.

Tampoco es lo mismo, en el momento de buscar trabajo, ser mujer que hombre. La mujer sabe que deberá optar entre un grupo relativamente reducido de trabajos mal pagos -el servicio doméstico y la costura, principalmente- y que en aquellas actividades donde se encuentre junto con los hombres, será para ella la tarea de menor calificación. Como regla general, siempre ganará menos que el hombre, aunque haga lo mismo que él.

¿Había siempre trabajo para las mujeres? No es fácil saberlo, porque las cosas cambiaron sustancialmente entre 1850 y 1880. No tanto, quizá, si se considera que la primera y principal opción seguía siendo el servicio doméstico. A ese destino se dirigían las criollas venidas del interior a la ciudad, y también muchas gallegas y napolitanas, sobre todo si eran solteras. Una alternativa más adecuada para las casadas era ser lavandera o planchadora, trabajando para varias casas.

Casi tan natural como ser sirvienta era ser costurera, al punto que es la profesión más frecuentemente alegada aun por quienes no tenían profesión o no querían declararla. Toda mujer se consideraba apta en principio, y había muchas formas de serlo: a domicilio, repasando la ropa de una familia o de varias, en situación de semidomesticidad; en la casa, para un taller o tienda, en situación más cercana a la de un asalariado. Para unas era una tarea de tiempo completo y para otras un complemento de las tareas del hogar, con la ventaja de que la dedicación podía graduarse y acomodarse. El mayor inconveniente residía en que progresivamente, y sin que las causas sean evidentes -quizá la máquina de coser- las oportunidades se fueron reduciendo y el número de costureras disminuyó drásticamente. Idéntico problema tenían quienes, quizá por tradición familiar, elegían ser cigarreras, otra actividad típicamente femenina, amenazada por la mecanización.

Pero si algunos empleos se reducían, otros aparecían o crecían. Muchas encontraban trabajo en las fábricas, quizá para realizar en sus casas parte de la tarea -como ocurría con las aparadoras de calzado- o quizá para trabajar en las fábricas mismas, y convertirse plenamente en obreras, con una tarea y un estatus totalmente alejado de la domesticidad. En el otro extremo, también proliferaron las oportunidades en la explotación rural, un ámbito hasta entonces poco propicio para el trabajo

femenino: en los puestos, las *sheep farms*, las granjas y tambos, la mujer integraba el equipo de trabajo familiar, junto al marido y a los hijos. Algo parecido podía ocurrir en los talleres o pequeños comercios familiares. Pero en este caso, la mujer no tenía exactamente un empleo, y al no recibir una remuneración por su propio trabajo, su carácter de trabajadora independiente quedaba velado. Los censistas dudaron sobre cómo calificarlas. Es posible que la duda haya sido compartida por quienes la recordaban, y hasta quizá por ellas mismas.

Esto se relaciona con un problema más general: la combinación de los papeles femeninos de trabajadora, esposa y madre. Las formas de la vida familiar eran muy diferentes a mediados de siglo entre distintos ámbitos del mundo popular. Entre los trabajadores más permanentes -artesanos, pequeños comerciantes, habilitados- era posible y frecuente la existencia de la familia estable y regular, y en ella la mujer podía compartir las tareas con el hombre o realizar otras que contribuían al sustento del hogar. Pero esta situación no era la habitual. Muchas mujeres debían emplearse como domésticas, con cama adentro, y renunciaban a la posible constitución de una familia. En la estancia tradicional -ámbito de hombres solos- no había lugar para mujeres o familia. Arrieros y carreteros iban y venían, mientras peones y jornaleros siempre circulaban detrás del empleo. Buena parte de los hombres debía moverse permanentemente, y estaban habituados a hacerlo, mientras que la mujer y los niños permanecían en un lugar. Así, fueron frecuentes las uniones transitorias. Las mujeres se instalaban en ranchos en los linderos de las estancias, en modestas viviendas en los pueblos o en la ciudad, o sencillamente en cuartos o tenderetes en las inmediaciones de las plazas de carretas, y aposentaban a los hombres que iban y venían. Quizá los hombres volvieran con regularidad al mismo lugar, quizás alternaran entre varios de ellos, con una pauta homóloga de la laboral. Quizás en cada hogar sólo se alojara un hombre, quizá se alternaran o se sucedieran varios. Pero en cualquiera de estas situaciones, era común que la mujer fuera la jefa del hogar y frecuentemente la única responsable de su manutención. En ese caso, el trabajo doméstico -el de costurera, lavandera o hasta aparadora de calzado- era compatible con la atención del hogar y hasta el cuidado del bebé.

Esto les daba a las mujeres la posibilidad de regular la cantidad de trabajo. Algunas eran trabajadoras permanentes, lanzadas al mercado de pleno, y si no estaban ejerciendo una actividad era porque el mercado las rechazaba. Otras muchas salían a trabajar cuando en la familia se necesitaba dinero, sea

por razones que hacían a la historia familiar específica -enfermedad o muerte del marido-, sea por causas más generales: cuando en épocas de crisis el esposo perdía el empleo, la mujer empezaba a trabajar, aprovechando que la contracción no afectaba a todos por igual y que, en el servicio doméstico, por ejemplo, siempre era posible encontrar algo. Pero también trabajaba en aquellos momentos en que la familia hacía esfuerzos por ahorrar, para pegar el pequeño o gran salto que le permitiera establecerse por su cuenta. En ese caso, la labor de la mujer aportaba ese plus, no muy grande quizá, pero no fácil de alcanzar que, al menos en el plano de la ilusión, permitía a la familia trabajadora eludir su condición.

Algo parecido ocurrió con otro grupo de trabajadores que, al igual que las mujeres, tenía el handicap de la baja remuneración: los niños. Algunos de ellos vivían en hogares regulares, pero muchos carecían de padre efectivo, y a veces hasta de madre; en esos casos podían estar a cargo de una tía, abuela o vecina, o sencillamente nadie se ocupaba de ellos. Había muchos niños sin hogar o que, si lo tenían, sobraban en la casa, quizá porque no había lugar para ellos en la pequeña pieza donde se hacían la familia, o no alcanzaban a ser bien alimentados, ni tampoco criados, o porque quien hubiera debido hacerlo no se sentía mayormente obligado. Eran estos niños los que buscaban en la calle su propia supervivencia, como repartidores, vendedores, o una de las otras mil actividades callejeras, que a menudo se destrozaban hacia la pequeña ratería.

Muchos -cada vez más- trabajaban en las fábricas, por un salario muy inferior al de los obreros. Pero para los padres, y sobre todo para los encargados, una alternativa entre educar a los niños -cargando con su manutención- y hacerlos trabajar y beneficiarse con su salario era ponerlos como aprendices. Tal condición cubrió en realidad situaciones muy distintas: en algunos casos se trataba de aprender un oficio útil, pero en muchos otros de sacárselos de encima, de "domarlos".

Pero inclusive en las familias más establecidas, en ocasiones los niños salían a trabajar, al igual que la madre, cuando la familia pasaba un momento crítico. Era más raro que lo hicieran para colaborar en los esfuerzos espectaculares para el ascenso, porque parte de ese esfuerzo iba dirigido a su educación, a la que se le atribuía una importancia quizá menor que la que tendría después, pero igualmente significativa.

Educarlos o hacerlos trabajar se presentaban como alternativas para los padres. La oferta creciente de servicios educativos estuvo acompañada de una presión igualmente creciente

para que los niños concurrieran a la escuela. Y sin embargo, era común que abandonaran las aulas no sólo cuando la crisis lanzaba a toda la familia a la calle tras la subsistencia, sino cuando la perspectiva de una buena ganancia movilizaba, detrás del padre, a toda la familia tras un empleo ocasional aleatorio.

Ser hombre, mujer o niño constituía para el trabajador un condicionante mayor, que lo ubicaba en una u otra zona del mercado de trabajo y limitaba sus posibilidades. Poseer o no calificación -como ser nativo o extranjero- era un atributo de menor peso pero importante, aunque su sentido fuera a veces ambiguo.

Sólo en cierto sector del mercado -el vinculado más o menos directamente con el consumo de la elite, o el de una minoría de especializados, vinculados con las fábricas- el trabajador encontraba que su calificación era realmente apreciada y constituía un pasaporte. Quienes llegaron al Río de la Plata confiando en que su capacitación les allanaría todos los caminos sufrieron una desilusión, pues para la mayoría de los empleos se necesitaban jornaleros o trabajadores baratos. Hacer valer el conocimiento de algo, la experiencia y experticia en alguna actividad, requería de tiempo y suerte, y hasta que llegara ese momento, el botero, el tapicero, el herrero o el fabricante de escaleras debían conformarse con hacer otra cosa: quizá remendar zapatos el botero, cuando no dedicarse a empedrar calles. Pero para quien finalmente conseguía trabajo en un taller o fábrica, ese conocimiento le aseguraba la subsistencia y también la posibilidad de un plus que le permitía ahorrar y, quizás, establecerse.

Se trata de una historia bien conocida, que en seguida se retomará. ¿Pero qué pasaba cuando las cosas iban mal? Si el taller o la tienda cerraba, los clientes desaparecían y las cuentas quedaban impagas, no era fácil levantar cabeza aferrándose al mismo oficio. Sobrevivir en tales condiciones requería de la decisión y la capacidad de hacer cualquier cosa, ya sea tomar otro oficio o directamente enrolarse en el ejército de los jornaleros. Oponerse a la corriente no era conveniente, y quizá lo mejor era dejarse llevar. Cualquier encariñamiento excesivo con un oficio, cualquier orgullo profesional o tradición resultaban contraproducentes.

Ese afincamiento en un oficio podía ser igualmente contraproducente si lo que se buscaba era atrapar la oportunidad. Ésta podía presentarse en la actividad que el trabajador conocía o en otra; podía consistir en hacer zapatos, curtir cueros, aprovisionar de calzado al Ejército, o quizá de chaquetas. Podía consistir quizás en dejar la ciudad y ganar muy buenos salarios tendiendo

vías o hasta cavando zanjas. Si la incertidumbre laboral tenía como contrapartida la oportunidad, la búsqueda de ésta requería de pocas raíces laborales y mucha flexibilidad. Cuanto más compenetrado estuviera el trabajador con su oficio, más difícil le resultaba correr tras de la oportunidad. Cuanto más corría tras de la oportunidad, menos firmes eran sus raíces laborales.

Un don tan importante como la calificación era la ayuda que el trabajador pudiera obtener de otros. Una sociedad abierta y en expansión, y una gran cantidad de inmigrantes de orígenes diversos, que sin historias comunes coincidían en un lugar, todo eso hizo que inicialmente la aventura emprendida fuera principalmente individual. Pero había algunos apoyos con los que se podía contar. Poder movilizarlos o no marcaba una diferencia importante.

Para el inmigrante estaba, en primer lugar, su familia. En su origen la inmigración fue preferentemente una aventura de hombres solos -y en menor medida de mujeres o de familias-, de jóvenes solteros, o casados que abandonaban su familia con la esperanza de reunirse con ella más tarde. Pero todos traían en su mente la idea de la familia estable, cuya constitución aparecía como conveniente, deseable y necesaria. Conformada en sociedades donde la organización familiar tenía un firme y tradicional arraigo, esa idea se fortaleció en Buenos Aires y se nutrió de nuevos significados. La familia solía reducirse a la esposa, los hijos y eventualmente algún parente: un primo, un tío, o un primo de un tío. En la lucha cotidiana, en un mundo difícil, la familia podía ser el refugio, el lugar de la calma, pero también una unidad de combate, de resistencia y asalto. Pero sobre todo la familia empezó a ser, para estos navegantes desarraigados, la primera ancla en la nueva sociedad, el seguro del asentamiento y de la posición alcanzada, el ámbito donde construir una respetabilidad. Quizá por eso muchos prefirieron dilatar el momento del casamiento o la venida de la esposa abandonada, que llegaría como reconocimiento y premio al primer esfuerzo exitoso.

Los cambios en las condiciones de la sociedad fueron abriendo nuevos espacios para establecer las familias, y progresivamente prácticas y actitudes de criollos e inmigrantes se aproximaron. En el campo, el trabajador encontró el espacio para constituir su familia, a la vez como hogar y como equipo de trabajo, en la cría de la oveja, en la granja o el tambo. En la ciudad, la solidaridad fue esencial para quien emprendía la aventura por cuenta propia y necesitaba arrancar el máximo de

su trabajo y también del de su esposa e hijos, cuidando el negocio, ayudando en las tareas más sencillas o aprendiendo el oficio. La misma solidaridad fue necesaria, en otras ocasiones, para superar las contingencias de la desocupación y la enfermedad. Es difícil especular acerca de qué tipo de familias eran más útiles en uno y otro caso, pero había diferencias, y el trabajador que tenía un buen respaldo estaba indudablemente bien dotado para enfrentar los azares laborales, y probablemente esto valiera tanto o más que una calificación.

En segundo lugar, aunque a veces cronológicamente fuera anterior, para el inmigrante estaban los proptos connacionales. Seguramente era poco frecuente que se los conociera desde el lugar de origen, aunque no era tan raro que los recién llegados vinieran recomendados a algún parente, o parente de un amigo, o en su defecto que lo encontrarán aquí. Pero quizás esto no importe tanto como las solidaridades que espontáneamente se dieron en esta suerte de exilios indefinidos. Quien llegaba acudía a sus connacionales, y si éstos habían tenido éxito en alguna tarea o actividad, iniciaban en ella al recién llegado, lo instruían con los conocimientos técnicos necesarios para ser, por ejemplo, peón de saladero, tambero, curtidor, o pastor de ovejas. No era raro que en ciertas actividades el trabajador se encontrara a tal punto rodeado de connacionales que pudiera pensar -como los vascos de la Boca y Barracas hacia 1850- que había reconstruido un enclave de su patria lejana. Entre los irlandeses, particularmente, en la zona ovejera llegó a constituirse una verdadera comunidad.

En otras ocasiones el apoyo de los connacionales era más limitado, y gradualmente podía tender a situaciones de patronazgo. Con humildad, quizás, el jornalero reclamaba la ayuda de su connacional, el capataz de cuadrilla en las obras públicas, único responsable de contratar y despedir, como lo era también el maestro albañil en la construcción, y no sería extraño que, al solicitar esa protección, el trabajador concediera al capataz una suerte de deferencia que le daba a éste alguna relevancia social singular, quizás utilizable en la política, como consta que lo hacían los "empresarios" de peones de Aduana. Lo cierto es que muchas de esas cuadrillas tenían una notable homogeneidad nacional. También era común que los artesanos recurrieran al apoyo de aquellos connacionales comerciantes de importancia, en demanda del crédito que les permitiera comprar las materias primas para instalarse por su cuenta; es probable también que entre sus connacionales mejor establecidos encontrarán su clientela inicial.

Progresivamente estos lazos, que eran a la vez horizontales y verticales, que atendían simultáneamente a la solidaridad y al elitismo, se reprodujeron en las sociedades mutuales que empezaron a proliferar. En ellas encontraron lugar sobre todo los que estaban establecidos, tenían un empleo estable y un hogar fijo y estaban, al menos habitualmente, al margen de la zozobra. Para ellos, la asociación mutua podía ser la herramienta para salir de la incertidumbre -desocupación, enfermedad, muerte- tanto como para encontrar las palancas impulsoras del ascenso. El lugar donde, a la vez, se reconstruyera un símil del hogar perdido y se juntaran las fuerzas para una incorporación victoriosa al medio local.

Estos eran beneficios privativos de los inmigrantes y de sus hijos argentinos. Los criollos, quizá, podían apelar a otro tipo de relaciones: las familiares, en primer lugar, las de amistad, vecindad o compadrazgo, y también la red de relaciones informales establecidas por aquellos a quienes su ciclo ocupacional llevaba regularmente de un lado a otro, encontrando en cada etapa conocidos, amigos, aposentadores. Esto era más propio del mundo rural que del urbano, y también del mundo itinerante, entre rural y urbano, de arrieros y carreteros, pero tenía la debilidad -en relación con otras sociedades campesinas- de la estructura a la vez más primitiva y moderna de la sociedad rioplatense. Con ser importantes, estos lazos solidarios lo fueron mucho menos que los establecidos por los inmigrantes.

Las historias de criollos e inmigrantes terminaron por hacerse comunes, en estos y en otros muchos aspectos, e inclusive se desarrollaron otras redes de solidaridad -como las vecinales- que incluían a unos y otros. Había en cambio muy poca solidaridad por el lado estrictamente laboral. Buenos Aires no tenía la tradición de un sistema gremial artesanal, fundado sobre los oficios y sus jerarquías, lo que supuso, entre otras cosas, que el acceso a la actividad fuera siempre libre, con las consiguientes ventajas para los recién llegados e inconvenientes para los antiguos. Pero tampoco se había desarrollado, antes de 1880, un sistema gremial moderno, cuyos primeros atisbos apenas alcanzaban a advertirse.

#### Estrategias y elecciones

Sobrevivir en Buenos Aires no era fácil, ni aun para los mejor dotados. El mercado laboral tenía reglas y modos de comportamiento singulares, cuyos mecanismos había que dominar.

La experiencia común fue la de la incertidumbre del empleo, tanto para quienes hacían del trabajo ocasional un modo de vida como para quienes aspiraban a estabilizar su situación, y apenas los empleados de comercio parecían algo mejor protegidos frente a ello.

Los trabajadores desarrollaron estrategias de supervivencia para las circunstancias más excepcionales, como la crisis. El artesano o el pequeño comerciante arruinado se convertía en jornalero y hasta salía al campo. Su mujer buscaba trabajo como costurera o doméstica, o salía a la calle. Si el trabajo escaseaba, la familia extendía su oferta laboral y de alguna manera completaba lo mínimo indispensable para sobrevivir. La misma flexibilidad de la organización de las actividades económicas permitía que ese sector de trabajadores ocasionales se inflara, hasta que la recuperación permitiera reabsorber los desocupados. Los que podían trataban de entrar en la Policía, o hasta en la milicia, para asegurarse la supervivencia.

Si podían enfrentar la crisis con bastantes recursos, es porque cotidianamente, en circunstancias normales y aun en bonanza, el trabajador debía acostumbrarse a estar alerta, a no afincarse demasiado en un lugar o trabajo, y a buscar la mejor ocasión, estando atento a los jornales que se pagaran en el campo o la obra pública, al empleo mejor que podía ofrecer el saladero o el ferrocarril, al comercio que un connacional o amigo abría y que necesitaba un dependiente, la fábrica que reclamaba un especialista de algo. Debían estar atentos también al fin del empleo transitorio, a la conclusión de la obra pública o el edificio, y a la posibilidad de enganchar rápidamente con otro.

De un modo u otro, el trabajador era un buscador de oportunidades. Para algunos, el aliciente era encontrar algo mejor con lo que constituir la base mínima que permitiera intentar el salto, que en la mayoría de los casos se asociaba con el establecimiento por cuenta propia. Esa expectativa era la que hacía tolerable el tomar ocupaciones que, en otras ocasiones, habrían juzgado poco dignas. Para otros, en cambio, se trataba principalmente de sobrevivir en un medio difícil, riesgoso. Se trataba de dos estrategias básicas que, naturalmente, no se daban en ningún caso concreto en forma pura.

Las fluctuaciones de la economía y de la fortuna personal encadenaban para cada individuo, cada historia personal, ciclos de alza y de baja, prosperidades y miserias, y el resultado final era en general una tendencia que promediaba picos y depresiones. Desgraciadamente, es difícil reconstruir historias individuales. Conocemos momentos característicos: el del triunfo, a través

quizá de una biografía posterior, que oculta los momentos oscuros: el de la quiebra, que no nos dice nada del destino ulterior del quebrado, salvo si se suicidaba. Faltos de datos ciertos, podemos imaginar dos rutas típicas, recorridas seguramente por todos en alguno de sus tramos, en algún momento de su vida: la del ascenso y la de la caída.

*La ruta del ascenso.* No suponía embarcarse en una aventura fáustica, cuya meta estaba siempre más allá. Por el contrario, tenía un objetivo claro y preciso: establecerse por cuenta propia. Esto significaba en primer lugar ser independiente, no tener patrón. Luego, tener un "establecimiento" —un pequeño taller, comercio o granja— que sirviera de ámbito para la actividad productiva de la familia y que permitiera realizar y capitalizar todo el trabajo potencial de sus miembros. Alcanzar la autonomía, aun en el nivel más ínfimo, lograr reunir el pequeño capital que permitiera establecerse, y mantener luego esa posición, a costa inclusive de grandes sacrificios personales o familiares —quizá mayores, en términos cuantitativos, que los de un trabajador independiente— fue considerado normal, no sólo porque constituía la base para las posteriores verdaderas "aventuras del ascenso" —posibilidad que siempre operó como ilusión— sino porque, en sí, la de trabajador autónomo o por cuenta propia fue considerada una posición segura, estable y digna, en una sociedad fuertemente trabajada por movimientos hacia arriba pero también hacia abajo, cuya realidad —quizá velada para quienes hoy miramos las historias de los éxitos— seguramente no escapaba a los contemporáneos. En suma: se trata de una experiencia y de una ilusión, y por ambas vías quedó incorporada a la cultura de los sectores populares.

Emprender esa ruta requería en primer lugar un ahorro inicial, al que se podía llegar de diversas maneras. Probablemente el trabajo de vendedor ambulante —muchas veces uno de los primeros del inmigrante, hasta que conseguía algo mejor— difícilmente permitiera ahorrar algo. Era posible, a veces, para el peón o el jornalero, si tenía la suerte de enganchar en algún trabajo temporario circunstancialmente bien pago. Si trabajaba al máximo y reducía sus gastos al mínimo —sobre todo cuando el trabajo incluía alguna forma de alojamiento y manutención— podía hacer con los jornales alguna diferencia. Si además lograba encadenar varios buenos empleos temporarios —lo que dependía tanto de la coyuntura económica como de su habilidad y capacidad de adaptación— si lograba capitalizar el trabajo de su familia; si, al menos, no tenía familia que mantener; si no se enfermaba; si no sobrevenia sequía o granizo, o no llovía de-

masiado (lo que interrumpía las obras públicas); si se daban todas, o casi todas estas condiciones, un jornalero podía ahorrar lo mínimo para transformarse en trabajador por cuenta propia.

Para los que trabajaban en forma autónoma, y cuya situación no difería demasiado de la del asalariado, existía la vía de estirar al máximo la jornada de trabajo y reducir al mínimo consumo y gastos, y postergar, quizá, la constitución de la familia, o concebirla de entrada como una asociación de dos voluntades guiadas por el mismo objetivo: disciplina y autoexplotación —si el cuerpo aguantaba— podían culminar en el logro del ahorro mínimo requerido.

En el caso de los oficiales de taller, los dependientes de comercio, los puesteros a sueldo, y también los habilitados, las cosas eran un poco más fáciles: sus ingresos eran normalmente regulares, y en general más altos. Es cierto que rara vez los patronos pagaban mensualmente la totalidad; por el contrario, lo normal eran los adelantos y la larga acumulación de una deuda a cobrar en plazo indeterminado. Pero si se deja de lado el riesgo implícito, esta práctica servía para forzar el ahorro y suministraba al trabajador una forma práctica de guardar sus reservas. Lo mismo valía también para los domésticos, que solían contar con sus salarios no pagados —quizás ínfimos, pero que podían ahorrarse en su totalidad— para "salirse" y establecerse un destino que, en el caso de las mujeres, solía confluir con el del casamiento.

Tener éxito en este pequeño salto inicial requería de todos los dones y aptitudes ya mencionados —los estrictamente personales, el apoyo de familiares y connacionales— y también de mucha suerte, necesaria tanto para hilvanar buenos empleos como para cobrar las deudas acumuladas con los patronos. Pero esto que para el trabajador era aleatorio tenía mucho que ver con los problemas más generales: con la expansión de la economía, y sobre todo con sus coyunturas. En los períodos de bonanza se daban las condiciones para que los más aptos o afortunados dieran el salto: la prosperidad incrementaba la demanda, multiplicaba los clientes y diversificaba sus necesidades. En épocas de bonanza los propietarios disponían de más dinero; por diversos caminos, esto hacía más fácil el crédito, cuya disponibilidad era esencial aun en el nivel mínimo del cuenta propia. El mismo cobro de deudas atrasadas era más fácil cuando las cosas iban bien para todos. En las décadas del cincuenta y sesenta, sobre todo, las fases prósperas dieron el impulso suave y firme necesario para iniciar estas empresas y hacerlas llegar a puerto.

¿A qué puerto? La meta avizorada por los trabajadores era

modesta: llegar a ser arrendatario o *sheep farmer*, o propietario de una pulpería, una esquina o un comercio en la ciudad, o patrón de un taller, que combinara la fabricación, la reparación y la venta, o dueño de un par de carretones. En cualquier caso, un lugar para trabajar duro, con la familia. Si las cosas iban bien, había objetivos también familiares: que la esposa se quedara en el hogar, que los hijos estudiaran, que la familia tuviera su casa propia. Si las cosas iban mal, de todos modos era posible achicarse más aún, trabajar más duro, atrincherarse en el "establecimiento por cuenta propia" y resistir.

La combinación de dos tipos de objetivos, empresariales y familiares, explica que a menudo los beneficios no se reinvertieran en la ampliación del "establecimiento". Las ventajas de una ampliación, por otra parte, no eran claras: el riesgo aumentaba mucho y, dada la pequeña escala de la que se partía, una mayor inversión no elevaba necesariamente la rentabilidad. Además, la tienda o el taller eran considerados -no importa si con razón o sin ella- sólidos refugios para los periodos críticos. En la opción de quedarse o doblar la apuesta, muchos optaron por quedarse donde estaban, considerar que habían llegado y apostar -para sus hijos- en otras vías de ascenso.

Intentar un paso más no era imposible, sobre todo en las décadas iniciales -1850, 1860-, cuando la competencia no era tan intensa y cuando la sencillez de los procesos productivos hacía que la inversión requerida no fuera demasiado grande ni constituyera una barrera insuperable. Para llegar a ese nivel, y casi convertirse en empresario, era necesario tomar más crédito para comprar más materia prima y las máquinas necesarias, o para ampliar el local; había que ofrecer crédito a los clientes, y también contratar personal, que podía eventualmente reclutarse entre parientes más lejanos o connacionales recién llegados, lo que permitía una transición entre la empresa familiar y la empresa a secas. Todo ello constituía una apuesta fuerte; colocaba al filo de la navaja a quien había sorteado hasta allí los distintos riesgos, o a quien podía haber empezado su trayectoria ya como pequeño patrón. Conocemos la historia de los pocos ganadores a través de testimonios como el de Chueco, quien registró la estereotipada historia de los *pioneers* de la industria argentina, recordando invariablemente sus humildes orígenes. La de los perdedores, en cambio, que fueron muchos más, aparece en los expedientes del Tribunal de Comercio.

*La ruta del descenso.* Los archivos del Tribunal Comercial, precisamente, permiten acceder a una historia con menos difu-

sión que la de la "aventura del ascenso". Muchos de los que intentaron el salto -probablemente la mayoría- fracasaron, y muchos más fracasaron en su propósito, más modesto, de mantenerse independientes. Es llamativo que esta posibilidad -sin duda muy presente en los contemporáneos- no haya cuajado en una imagen social al menos alternativa de la del éxito. Esto se relaciona con procesos ideológicos y culturales más amplios, pero en cierta dimensión quizá pueda pensarse que muchos de los que fracasaron integran los vastos contingentes de quienes se fueron del país y no dejaron aquí una saga. Quizá, también, a que las caídas tampoco fueron únicas y totales, y que muchas veces hubo una segunda oportunidad.

Como en el juego de la oca, se podía caer desde cualquier lugar alcanzado y volver al punto de partida. Independientemente del talento o la habilidad personales, las asechanzas de la coyuntura eran muchas, y se hacían infinitas en tiempos en que la bonanza dejaba lugar a la contracción y a la crisis. Quien tenía un buen trabajo y estaba ahorrando para establecerse, podía perderlo de golpe, ya sea porque lo echaran -la forma más sencilla que un empresario tenía para enfrentar la crisis- o simplemente porque el establecimiento cerrara. Quien había ahorrado en salarios no pagados se encontraba con que el patrón -golpeado por la crisis- se declaraba en quiebra, huía, se suicidaba, o simplemente no le pagaba. Habitualmente, lo obtenido en los juicios por quiebra no alcanzaba para cubrir esas largas deudas. Quien había llegado a establecerse independientemente empezaba a sufrir, como perjuicio, todo lo que en la fase próspera lo había ayudado: los créditos concedidos se convertían en deudas incobrables; desaparecían los clientes y caían los precios; las deudas eran reclamadas imperiosamente por aquellos que -acosados también por la crisis- necesitaban resarcirse de inmediato, aunque más no fuera mínimamente, aun a costa de llevar al deudor a la quiebra.

Los males eran generales, pero las formas de experimentarlos o capearlos podían ser diversas. Así como había dones o atributos para ascender, también los había para caer. De la misma manera que para subir, la flexibilidad para adecuarse a las circunstancias era esencial: el zapatero que sólo sabía y quería hacer zapatos probablemente sucumbió, mientras que el que estaba dispuesto a convertirse en peón de campo o de ferrocarril, o en ayudante de carrero o en vendedor de tienda, por un tiempo al menos, seguramente logró sobrevivir mucho mejor. La familia podía ayudar a capear la crisis: la esposa eventualmente reemplazaba al dependiente despedido, o tomaba trabajos de

costura, o se contrataba como doméstica. Los parientes podían ayudar, o trabajar sólo por la comida, si estaban empleados. Aunque el mal era igual para todos, los resultados solían ser bien diversos.

¿Dónde refugiarse en la caída? El dueño de un taller o comercio que debía cerrarlo seguramente "caía" en el trabajo autónomo. Claramente, lo vivía como un fracaso, una derrota, de manera muy diferente que aquel asalariado esforzado que había alcanzado ese primer peldaño. Algunos trabajadores autónomos, como las costureras, podían caer en la domesticidad, empleándose como sirvientas; la caída era más dolorosa si se empleaba "con cama adentro" y tenía que abandonar a su familia.

Para algunos empezaba a esbozarse la alternativa del empleo público, que se generalizó mucho después: tal el caso de las solicitudes para ingresar en la Policía. La mayoría debía buscar alguna combinación de tareas ocasionales, y en ese caso la flexibilidad y disposición a hacer "cualquier cosa" resultaba decisiva. También era posible recurrir a las instituciones caritativas, pero eran muy escasas. Por grados, sin fuertes escalones, se llegaba a la mendicidad ocasional, o a las actividades delictivas ocasionales, o a la prostitución. Si en Buenos Aires hubo un mundo de la criminalidad y de la prostitución formalmente constituidos, existió también una ancha franja de pertenencia y prácticas ocasionales.

Finalmente, era posibleirse: huir, como los quebrados, o simplemente dar por finalizado el intento, retornar al terruño o reintentar en otro lado: durante los periodos de crisis las cifras de retornos, usualmente significativas, trepan abruptamente. Pero también era posible empezar de nuevo, reintentar el juego por otra puerta, con otro negocio, sobre todo si la decisión de jugar era más fuerte que la de aferrarse a una forma determinada de hacerlo.

#### Un nuevo escenario

Sobre estos dos modelos, combinando sus partes de distinta manera, deben de haberse constituido las historias de los trabajadores porteños entre mediados de siglo y 1880. Por entonces, muchas cosas habían ido modificando el escenario del mundo del trabajo, y las experiencias de los trabajadores empezaron a diferir de las anteriores.

El mundo de los carreteros se fue extinguiendo lentamente, al tiempo que el de los ferroviarios iba configurando su fisono-

mía: la ocasionalidad y las especializaciones tradicionales propias de un mundo rural dejaban paso al obrero contratado regularmente y dueño de un saber técnico especializado, adquirido en la misma empresa, y a la vez vehículo de prácticas sociales e ideas novedosas. Este deslizamiento es expresivo de las nuevas condiciones de los trabajadores. La vieja ocasionalidad, y la alternativa de trabajar sólo cuando era necesario, fue haciéndose cada vez más difícil, por lo que también fueron olvidándose los recursos coactivos. También fueron retrocediendo los baluartes del viejo paternalismo, como en el servicio doméstico.

En el nuevo mundo que ya se insinuaba hacia 1880 la primera preocupación para todos los trabajadores es si habría trabajo, si existía el empleo que permitía sobrevivir. La ocasionalidad dejaba de ser una elección y pasaba a convertirse en el resultado impuesto por las fluctuaciones de la economía, por el balance cambiante entre la coyuntura y la oferta de trabajadores, que en ciertos momentos crecía aceleradamente con los nuevos contingentes de inmigrantes, para reducirse cuando la crisis golpeaba. En la década de 1880 empleos e inmigración crecieron rápidamente, pero la crisis de 1890 mostró descarnadamente la fragilidad de la condición de todos los trabajadores.

El otro rasgo del nuevo mundo fue la necesidad de someterse, cada vez más frecuentemente, a las pautas de la gran empresa: el orden, la disciplina, la asistencia regular, las sanciones y los premios, y un empleo un poco más estable, aunque igualmente expuesto al súbito despido, sobre todo en el caso de peones, mujeres y niños. Los obreros calificados estaban ciertamente más protegidos, pero las nuevas condiciones de trabajo los afectaron a ellos quizá más que a los jornaleros: quienes tenían alguna especialización, y contaban con ella como carta de triunfo, vieron que a menudo ésta se convertía en obsoleta, dejaba de ser necesaria o apreciada, o que, de cualquier modo, ubicado en el trabajo de la fábrica, el artesano debía someterse a las mismas exigencias que los trabajadores comunes. Poco a poco, ese mundo de los artesanos -que todavía podía sostenerse fuera del de la fábrica- fue desapareciendo en el interior de éstas, o de los talleres ferroviarios, dejando paso a un nuevo tipo de trabajador especializado, dueño de una sapiencia menos específica y más fácilmente intercambiable.

En el marco de la empresa fueron acuñándose las nuevas formas de organización de los trabajadores: a lo largo de la década de 1880 la organización gremial, las acciones colectivas, las huelgas y los primeros planteos ideológicos y políticos maduraron rápidamente.

Es difícil sacar un balance único de estos cambios que, a tiempo que ensanchaban las posibilidades de empleo y creaban la posibilidad para una acción concertada, significaban el apacible final de un mundo muy distinto. Las formas de vivir estas transformaciones seguramente difirieron según las experiencias previas y según las expectativas. Pero hay un cambio que seguramente tuvo fuertemente las experiencias de los trabajadores más antiguos, y modificó totalmente las de quienes se estaban incorporando. Las posibilidades de una carrera exitosa se acentuaron claramente. Con una masa considerable de nuevos trabajadores que se ofrecían, y pese a la acelerada expansión, fue raro que las tareas ocasionales dejaran el margen suficiente para ganancias extraordinarias o para permitir un ahorro sustancial. La calificación -otra posible carta de triunfo- pesó cada vez menos, siendo decisivo en cambio el capital y el crédito. La fuerte valorización de la tierra cerró las puertas para nuevos granjeros, de modo que, en uno u otro terreno, los grandes éxitos quedaron reservados para quienes contaban con capital y respaldo considerables.

El escenario final fue más homogéneo que el inicial. Las diferencias entre el mundo de la ocacionalidad y el de los trabajadores establecidos, tan marcada a mediados de siglo, se atenuaron considerablemente. La calificación puso menos límites, los ingresos se aproximaron, la estabilidad y la ocacionalidad se mezclaron más y la idea de una dignidad aneja a ciertas profesiones tradicionales retrocedió fuertemente. La circulación entre uno y otro mundo fue habitual y los trabajadores calificados de la ciudad, junto con sus hijos estudiantes, no desdenaban abandonar sus tareas para ir a levantar la cosecha. Al tiempo que las nuevas teorías sociales difundían la idea de la común condición proletaria, los procesos sociales mismos homogeneizaban el mundo de los trabajadores.

Al mismo tiempo, se fueron definiendo en él nuevos estratos. La meta final era más modesta, pero el riesgo de la caída total -expresado metafóricamente por la costurerita- también se redujo. Las posiciones de la sociedad, por las que se luchaba con ahínco, fueron más bien peldaños de una escala que podía recorrerse por tramos, hacia arriba o hacia abajo, sin que ninguna contingencia fuera necesariamente definitiva. Conseguir un empleo mejor, perderlo y conformarse con otro, luego quizá de un período de desocupación; establecerse, quebrar, emplearse y ahorrar para volver a empezar fueron avatares normales en una sociedad que dejaba atrás la tradicional escisión y definía sus grados hacia un Parnaso ciertamente modesto.

Los objetivos de las aventuras del ascenso fueron derivando hacia otras vías. La casa propia -difícil de conseguir en una ciudad que se hacnaba cerca del Puerto y la Boca- fue el complemento pero también el sustituto del establecimiento por cuenta propia, la forma en que quienes seguían siendo empleados pudieron conformar la aspiración a la respetabilidad y la estabilidad. Sobre todo, la educación se convirtió en el camino más adecuado para que los hijos se integraran definitivamente en una sociedad que valoraba sobremanera la cultura letrada; luego, adquirir el título universitario pareció consagrar el ascenso, tanto o más que la riqueza. Si el riesgo de la caída se atenuó, la ilusión de ascender se acotó considerablemente.

## APÉNDICE METODOLÓGICO

Para estudiar las características demográficas de la población en general y de los trabajadores en particular, ha sido necesario efectuar una revisión de las fuentes cuantitativas y cualitativas más relevantes del período. En cuanto a las primeras, se trata de los censos nacionales de 1869 y 1895, provinciales de 1854/55, 1881 y 1890, municipal de 1887, agropecuario provincial de 1888 y las estadísticas oficiales publicadas en el Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires.<sup>1</sup>

Es sabido que estas fuentes son de distinto grado de confiabilidad y que si bien mejoran al avanzar el siglo, presentan en algunos casos serias dificultades de interpretación, ya sea porque los datos resultan incompletos, porque la información publicada es insuficiente o porque se plantean inconvenientes para la comparación entre distintas fechas debido a los diferentes criterios utilizados en la recopilación y tabulación de los datos.

Se considerarán a continuación algunas características de la información contenida en las fuentes cuantitativas antes mencionadas, en lo que se refiere a la clasificación de la población por sexo, edad y origen, así como a la población que aparece con ocupación en los censos y al tipo de clasificación ocupacional en ellos utilizada.

### 1. La población

#### *Fuentes censales*

El censo de la campaña de Buenos Aires de 1854 presenta importantes deficiencias y serias omisiones. Los resultados de ese censo fueron publicados en el Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires del segundo semestre de 1854 en varios cuadros donde la información aparece por partido. Los cuadros que interesan para este trabajo son los números nueve y diez, en los que se clasifica a la población por nacionalidades y sexos, edades y sexos, y ocupación por origen (nativo-extranjero).

Ninguno de estos cuadros es completo, ya que faltan los datos correspondientes a varios partidos. Además, presentan errores en las sumas por categoría, de manera que es necesario corregir los resultados

totales que consignan. La clasificación por edad está basada en los siguientes grupos: menores de dos años, 2-6, 6-14, 14-30, 30-60, 60-90 y más de 90, lo que hace difícil la comparación con otros censos.

En cuanto a la clasificación por ocupación, divide a la población de los distintos partidos -con excepción de Arceles, Barracas al Norte, Mercedes, Quilmes, San Fernando, San Nicolás y 25 de Mayo- en argentinos y extranjeros, y los clasifica de acuerdo con las siguientes ocupaciones: Hacendados (propietarios y arrendatarios), Agricultores (propietarios y arrendatarios), Comerciantes, Artesanos, Militares, Dependientes de comercio, Peones de campo, Enrolados dentro de la Guardia Nacional, Ciudadanos aptos para votar, Otras ocupaciones y Sin ocupación. Además de incluir categorías que no se refieren a la actividad económica de los censados, como Ciudadano apto para votar o Enrolado en la Guardia Nacional, el cuadro no consigna datos sobre la edad o sexo de la población considerada, y parece subestimar considerablemente tanto la población con ocupación como la que aparece bajo el título de "sin ocupación".

Refiriéndose en particular a los "peones de campo" dice Justo Maeso, director del Censo, en sus observaciones a la Tabla Décima: "Parcerá pequeño su número de 20.313 pero es necesario tener en cuenta que los mismos dueños de casa, en la mayor parte de los casos, sirven en las faenas de campo; y por otra parte, la insuficiencia del censo resalta especialmente en esta clasificación pues nuestros gauchos vagan de una estancia a otra sin asiento fijo, ocupándose como peones por día según las tareas, y trabajando en una semana acaso en ocho estancias, esquivándose así a la enumeración del censo".<sup>2</sup>

El censo de la ciudad de Buenos Aires de 1855 resulta más confiable, en parte debido al mayor cuidado con que se llevó a cabo como consecuencia del resultado poco exitoso del censo del año anterior, realizado juntamente con el de la campaña. Pero además, al contarse con las cédulas originales del censo en el Archivo General de la Nación, se han podido realizar ajustes sobre los datos inicialmente publicados. En ese sentido resulta especialmente útil el trabajo de Lattes y Portzer,<sup>3</sup> realizado sobre la base de una muestra obtenida a partir de las cédulas originales y que además de contribuir a precisar las características demográficas generales de la población (establece la población de Buenos Aires en 1855 en no menos de 92.709 personas), clasifica a la población de 10 años y más por actividad económica, lugar de nacimiento y grupo de edad, y a la población activa mayor de 10 años, por lugar de nacimiento, sexo, rama de actividad y grupo principal de ocupación.

El censo nacional de 1869 es la primera fuente que proporciona información para la ciudad y campaña en el mismo momento, y aunque más completo que los censos nacionales mencionados anteriormente, presenta también ciertas dificultades.<sup>4</sup> Las más generales se refieren a las omisiones de información y a los criterios de clasificación en las tabulaciones de la información publicada que resultan inconvenientes para la comparación de los datos con los proporcionados por las fuentes

anteriores y posteriores. Así, la clasificación por edades incluye los siguientes grupos, considerados para la capital y todos los partidos de la provincia: 1 año, 2-5, 6-10, 11-15, 16-20, 21-30, 31-40, 41-50, 51-60, 61-70, 71-80, 81-90, 91-100, 100 y más, y edad desconocida. En cuanto a la clasificación de la población con ocupación, se ha hecho sin establecer el límite mínimo de edad a partir del cual se ha considerado a esa población<sup>5</sup>, ni el sexo y origen de la misma. Sin embargo, cuenta con la ventaja de listar las ocupaciones por simple orden alfabético y respetando en general las denominaciones que aparecen en las cédulas.

Los inconvenientes que presenta el censo de 1869 en relación con los objetivos de este trabajo han podido subsanarse en virtud de la existencia de una muestra en las cédulas censales originales conservadas en el Archivo General de la Nación, realizada por J. Somoza y A. Lattes, y de trabajos demográficos basados en la elaboración de los datos de esa muestra. Así, las referencias a la composición de la población total y potencialmente activa en la provincia de Buenos Aires (ciudad y campaña) se han hecho siguiendo la reclasificación por sexo, edad y origen realizada por Alfredo Lattes y Zulma Recchini de Lattes en algunos de sus trabajos.<sup>6</sup> En cuanto a la población económicamente activa, se ha utilizado la muestra existente, procesando la información de acuerdo con los objetivos de este trabajo, reclasificando la población con ocupación según una categorización elaborada al efecto, y obteniendo los datos correspondientes a sexo, edad, origen, residencia urbana o rural, alfabetismo, para cada grupo ocupacional.<sup>7</sup>

El censo general de la provincia de Buenos Aires de 1881, en su parte dedicada a la población, contiene una serie de cuadros entre los que se incluye una clasificación de la población por partido según sexo, edad y origen. El cuadro reúne a la población de acuerdo con los siguientes grupos de edad: menores de un año, un año, dos años, tres años, cuatro años, cinco años, 6-9 años, 10-14, 15-20, 21-30, 31-40, 41-50, 51-70, 70-100, "de 100 arriba" y edad desconocida. El censo incluye además tres cuadros referidos a la estructura ocupacional de la población "arriba de 15 años". En los cuadros XIV (1ª parte) y XV se sigue la clasificación italiana, incluyendo en el primero los totales provinciales para las distintas categorías, y en el segundo, discriminando la información por partido y en algunos casos por sexo. Las categorías principales de esta clasificación, que a su vez presenta subdivisiones, son las siguientes: 1. Producción de materia prima; 2. Producciones industriales; 3. Comercio; 4. Transportes; 5. Propiedad mueble e inmueble; 6. Personal de servicio; 7. Defensa del país; 8. Administración pública; 9. Cultos; 10. Jurisprudencia; 11. Profesiones sanitarias; 12. Instrucción y educación; 13. Bellas artes; 14. Letras y ciencias; 15. Profesiones ambulantes; 16. Personal de fatiga que no tiene trabajo fijo; 17. Personal a cargo de otro y sin especificación. En la segunda parte del cuadro XIV se agrupan las ocupaciones de acuerdo con la clasificación francesa, que comprende, sin subdivisiones, las siguientes categorías: 1. Agricultura; 2. Industria; 3. Comercio y transporte; 4. Profesiones li-

berales; 5. Rentistas; 6. Mendigos y prostitutas, etc.; 7. Jornaleros; 8. Profesiones desconocidas.

Este censo ofrece sin duda mayor información que los anteriores, aunque persiste el inconveniente de no distinguir a la población ocupada por su origen, y sólo parcialmente por su sexo.

Este inconveniente fue superado en el censo municipal de 1887, que clasifica a la población mayor de 14 años por su origen (argentinos y extranjeros) y sexo en las siguientes categorías: Profesiones liberales; Personal sanitario; Militares; Empleados y clero; Comercio en general; Agricultura y ganadería; Artes manuales; Servicio personal y Sin especificación. Además contiene información completa de la composición de la población total por edades, sexo y lugar de nacimiento.

El censo agrícola-pecuario de la provincia de Buenos Aires de 1888 proporciona información sobre el "Personal ocupado en la propiedad" por cada partido de la provincia, clasificándolo en "trabajadores que se aumentan en épocas extraordinarias" y "personas ocupadas de ordinario en la propiedad"; estas últimas las clasifica, además, de acuerdo con su nacionalidad. Las características de este censo y la forma en que fue realizado dificultan la comparación con la información proporcionada por otras fuentes, aunque al mismo tiempo brindan valiosos datos sobre el personal extraordinario requerido en épocas de cosecha/esquila y el origen y tipo de retribución del personal permanente.

El censo de la provincia de Buenos Aires de 1890 no proporciona información sobre las ocupaciones de la población. Finalmente, el censo nacional de 1895, si bien fuera del período de nuestro interés, proporciona información sobre las ocupaciones de la población mayor de 14 años tomando en cuenta su origen y sexo.

#### *Población potencialmente activa*

Para analizar el comportamiento y las tendencias de la fuerza de trabajo potencial de una sociedad es necesario estudiar un sector particular de la población, aquel que por su edad se considera potencialmente incorporable a la actividad económica. Los límites de edad de ese sector son propios de cada sociedad y cada momento histórico, y dependen de factores tales como el grado de participación de los menores en la actividad económica, y la edad de retiro de la vida activa, entre otros.

Definir esos límites para el caso de una población dada implica siempre cierto grado de arbitrariedad, y la posible sub o sobrerepresentación de los potencialmente activos. En este caso, para establecer el tamaño de la población potencialmente activa se han debido tener en cuenta no solamente las pautas de ingreso y egreso de la actividad económica de la época en consideración, sino también la forma en que los datos sobre composición de población por edades han sido presentados en los distintos censos utilizados.

En función de ello, se ha incluido en la población potencialmente

activa a todos los mayores de 14 años, aunque no son pocos los menores de esa edad que trabajan y es posible que los ancianos muchas veces se encontraran fuera de la actividad económica.

#### *Población económicamente activa*

El concepto de población económicamente activa no existía como tal en los censos que se utilizan, que solamente recogen datos sobre los medios de vida, ocupaciones u oficios de la población. El concepto de población económicamente activa como "aquella parte de la población dedicada a la producción de bienes y servicios de una sociedad" fue definido con precisión recién en el censo nacional de 1970, aunque ya desde 1947 se utilizaba una concepción similar del término.<sup>8</sup> Esto ha llevado en este trabajo a tomar como población económicamente activa a la población que aparece con ocupación en cada censo, descartando aquellos casos donde la ocupación no implica actividad económica, como ocurre, por ejemplo, con los "rentistas".

Un problema serio se plantea con los que aparecen sin ocupación o con ocupación desconocida en los distintos censos. Esta categoría agrupa a quienes no declararon profesión alguna, y en todos los casos incluye un número bastante mayor de mujeres y niños de ambos sexos que de hombres adultos. El número relativamente bajo de personas que aparecen específicamente en categorías que hoy se conceptúan como inactivas, y la omisión en casi todas las clasificaciones de categorías tales como ama de casa, lleva a pensar que una parte significativa de quienes no declararon ocupación pertenecería a la población no activa, aunque no podemos estimar qué proporción se encontraba en esa situación. Sin embargo, es claro por lo menos en algunos casos que esa categoría esconde también población activa, en particular en los censos de la campaña, que muestran una tasa sorprendentemente baja de actividad cuando se toma como tal la relación entre la población que aparece como ocupada y la población total.

Cualquier intento de asignar esa población de ocupación no especificada a las categorías de activa e inactiva resultaría arbitrario, por lo que se prefirió trabajar con la población de ocupación conocida -excluyendo las categorías que no implican actividad económica, como se dijo- tomándola como población activa, aun cuando puede suponerse que está subestimada. El procedimiento tiene sus limitaciones, pero al mismo tiempo, la ventaja de la comparabilidad y de una conceptualización específica.

Más difícil aún resulta referirse a ocupados y desocupados dentro de la población activa de acuerdo a la definición actual de esos términos. Si bien se han hecho algunos intentos, para un período posterior, de asimilar el concepto de desempleo a lo que los censos denominan "sin ocupación", tomando para ello solamente la población masculina así clasificada, esto no resulta totalmente satisfactorio puesto que -como se mencionó anteriormente- los censos sólo se refieren a los medios de

vida habituales sin especificar el periodo en que la profesión u ocupación fue efectivamente desempeñada.<sup>9</sup> Es decir, que es posible pensar que aquellos que aparecen en el censo con un oficio o profesión determinados se encuentren sin empleo en el momento del censo aunque esa profesión u ocupación sea su modo de vida habitual. De esta manera, tomar como desempleados exclusivamente a los que aparecen como "sin ocupación" o como efectivamente ocupados a los que tienen asignada una profesión, sería intentar extraer una información que va más allá de lo que permiten las fuentes utilizadas.

A los problemas surgidos de la conceptualización misma de la población económicamente activa y de la existencia de un alto porcentaje de población cuya condición de actividad se desconoce, se agrega en el caso de la campaña las deficiencias de registro del censo de 1854 y una probable subestimación de la población con ocupación en el censo de 1881.

Se han calculado las tasas de actividad, brutas (en relación con la población total) y refinadas, por sexo y origen, para los años en los que se cuenta con la información censal. Las tasas refinadas se han calculado tomando la proporción que representa la población económicamente activa de 14 años y más, sobre el total de población de 14 años y más, salvo para 1855 y 1881, en que el límite inferior de edad considerado fue el de 15 años. De todas maneras, como los datos para la campaña de 1881 son deficientes, se optó por incluir también las cifras correspondientes a 1895 para permitir la comparación con los datos de 1869. La participación en la actividad económica por sexo y grupo de edad sólo pudo realizarse para 1855 en la ciudad y para 1869 en la provincia (ciudad y campaña) sobre la base de la muestra mencionada. En esos casos ha sido posible también estudiar la participación en la actividad económica del grupo de 10 a 14 años, pues si bien es posible que en los censos esa actividad esté subestimada, de todas maneras los datos disponibles sirven como un indicador de la presencia de ese grupo de edad en la fuerza de trabajo en el periodo estudiado. La composición de la población económicamente activa por lugar de nacimiento, discriminando los nacidos en Buenos Aires (ciudad y campaña) y los de otras provincias, y dentro de los extranjeros entre diferentes nacionalidades, sólo puede hacerse para 1869.

## 2. Estructura ocupacional

El análisis de los censos publicados y de las muestras de los censos de 1855 y de 1869 obligó a indagar el contenido de las distintas ocupaciones que allí figuran, con el objeto de elaborar una categorización que permitiera su comparación. Para ello fue necesario revisar tanto las clasificaciones utilizadas en la actualidad como algunas de las empleadas en estudios históricos.

Entre las primeras se encuentran las clasificaciones elaboradas por distintos organismos internacionales para la realización de los censos

de población, con el objeto de permitir la comparación de la información obtenida en los censos de distintos países. Una de ellas es la Clasificación Industrial Internacional Uniforme de todas las actividades económicas (CIUI), realizada sobre la base de la rama y del "tipo de actividad económica" y tomando como unidad de clasificación el concepto de "establecimiento".<sup>10</sup> A las diez grandes divisiones de esta clasificación corresponden a su vez distintos niveles de desagregación.<sup>11</sup> Los criterios empleados en la desagregación están basados en el proceso, tecnología y organización de la producción, las características de los bienes producidos, los usos de esos bienes y de los servicios prestados, el tipo y origen de las materias primas empleadas, etc.

Esta clasificación tiene en cuenta el sector económico y el tipo de actividad como principal criterio de clasificación. Entre las que toman en cuenta la ocupación entendida como "oficio, actividad profesional o tipo de trabajo realizado por el individuo" se encuentran la Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones (CIUO) y la Clasificación Ocupacional para el censo de las Américas (COTA). La CIUO está estructurada en nueve grandes grupos<sup>12</sup> cuya delimitación está basada en el tipo de trabajo efectuado sin tomar en cuenta la rama de actividad económica, la posición del trabajador en la ocupación, ni la calificación. La COTA distingue once grandes grupos<sup>13</sup> en los que el criterio básico de diferenciación sigue siendo el tipo de trabajo, pero teniendo en cuenta en algunos casos la rama de actividad, la posición en la ocupación, la calificación del trabajador y algunos otros criterios como el grado de instrucción requerido.

Finalmente, la Comisión de Estadística de las Naciones Unidas recomienda las siguientes seis categorías para la clasificación por estatus o posición en la ocupación: Empleados, Trabajadores por cuenta propia, Asalariados, Trabajadores familiares, Miembros de cooperativas de producción, Personas no clasificables por estatus (incluyendo entre otras aquellas personas que se encuentran buscando su primer trabajo).<sup>14</sup> Esta clasificación toma en cuenta la "situación relativa de cada persona con respecto a las demás personas y el modo como es remunerado su trabajo" y no ya el tipo de trabajo efectuado.

Resulta claro que en gran medida los criterios empleados para establecer y utilizar una determinada clasificación profesional están determinados por los objetivos que guían cada investigación particular. Así, los estudios dirigidos a analizar los problemas relacionados con el desarrollo económico utilizarán las clasificaciones que toman en cuenta la rama y el tipo de actividad, en tanto que aquellos preocupados por la estructura social preferirán las clasificaciones que toman en cuenta el tipo de ocupación y la categoría o estatus dentro de la misma.

En cuanto a los estudios históricos, en general se ha partido del análisis de la estructura ocupacional como vía de aproximación al conocimiento de la estructura social. En este tipo de estudios se enfrenta el problema de tratar de establecer una clasificación que permita la comparación en el tiempo cuando a la vez es sabido que la validez de una clasificación es relativa a una estructura social determinada y

que al modificarse ésta es necesario establecer una nueva clasificación.

No podemos reseñar aquí exhaustivamente los estudios que se han ocupado del tema. Sin embargo, es importante destacar los criterios que se han utilizado en algunos de ellos. W. A. Armstrong, en un artículo ya clásico, utiliza con pequeñas modificaciones las categorías del Registrar-General: 1. Capitalistas, Industriales, profesionales; 2. Pequeños comerciantes, profesionales menores, granjeros, etc.; 3. Trabajadores calificados; 4. Trabajadores semicalificados; 5. Trabajadores no calificados. Para la atribución de la población a una categoría toma adicionalmente en cuenta el número de personal empleado y la existencia de personal doméstico.<sup>15</sup>

Jacques Dupâquier, por su parte, sugiere que al elaborarse una clasificación socioprofesional deben tenerse en cuenta los siguientes criterios: el sector de actividad, el tipo de ocupación y la especialización requerida, el estatus social, el nivel de ingresos, el nivel de fortuna, la situación familiar, la edad, el origen geográfico y, en la medida en que las fuentes lo permitan y de acuerdo con los objetivos de investigación, otros indicadores como el grado de instrucción, la participación política, etc.<sup>16</sup>

En los estudios sobre la Argentina<sup>17</sup> se han utilizado distintos tipos de clasificaciones. A título de ejemplo se pueden mencionar los trabajos de Ortiz y de Germant. Ortiz<sup>18</sup> analiza la estructura social del país en 1869 y 1895 a partir de la información sobre las ocupaciones de la población que aparece en los censos nacionales de esos años, tomando en cuenta su distribución por rama de actividad. Germant<sup>19</sup> utiliza un criterio similar, aunque asignando a la rama primaria un porcentual del total de jornaleros y peones de acuerdo con la distribución de la población rural y urbana en el país.<sup>20</sup> Por otra parte, en la elaboración de la muestra del censo de 1869, anteriormente mencionada, el equipo de investigación que realizó esa tarea clasificó las ocupaciones mediante un doble sistema que combina subramas de actividad y posición en la ocupación.<sup>21</sup>

Un intento no del todo acabado por sistematizar las categorías ocupacionales que aparecen en los censos argentinos del siglo XIX ha sido realizado por Szuchman y Sofer.<sup>22</sup> Estos autores distinguen diez categorías ocupacionales: 1. Trabajadores no calificados (urbano y rural); 2. Semicalificados y Servicios (urbanos); 3. Semicalificados y Servicios (rurales); 4. Calificados (urbanos); 5. Calificados (rurales); 6. No manuales (bajo); 7. No manuales (medio y no especificado); 8. No manuales (alto); 9. Profesionales menores y 10. Profesionales. Además han identificado las siguientes doce características que permitirían establecer distintas gradaciones en cada categoría: edad, educación, entrenamiento requerido, período de entrenamiento requerido, forma de trabajo (manual, con herramientas, etc.), grado de complejidad, dependencia de la situación económica local y nacional, seguridad financiera, calendario de trabajo (estabilidad), mercado consumidor, remuneración, obligaciones diarias.

Todas estas clasificaciones fueron elaboradas en estudios cuyo propósito principal era analizar la estructura social. Debe señalarse ahora

qué criterios de clasificación debieron tomarse en cuenta para el estudio de los trabajadores desde el punto de vista de la formación del mercado de trabajo en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo pasado y en qué medida pudieron servir los criterios utilizados ya sea en los modernos estudios demográficos o en los trabajos históricos que brevemente han sido reseñados.

Desde esta perspectiva, ciertas características de las ocupaciones resultaron más relevantes que otras para definir los criterios de clasificación que permitieron agruparlas en categorías comparables a lo largo del tiempo y a través de las distintas fuentes. El primer criterio fue agrupar las ocupaciones según el tipo de trabajador predominante en ellas, en términos de la relación con el capital (asalariado, cuenta propia). Un segundo criterio de agrupación se refirió al grado de especialización y estabilidad inherente a cada ocupación, pues estas características están estrechamente ligadas a uno de los aspectos que interesaba estudiar: el de la movilidad geográfica y ocupacional de la mano de obra. Finalmente, se incorporó la división por ramas y subramas, que permitió identificar sectores líderes y rezagados en el proceso de formación de fuerza de trabajo libre.

Si bien éstos fueron los criterios adecuados para agrupar las ocupaciones en este estudio, no todas las características enunciadas pudieron ser apprehendidas a partir de las denominaciones y clasificaciones ocupacionales utilizadas en el siglo XIX. Es difícil, por ejemplo, a partir de la información censal e incluso de las propias designaciones de los contemporáneos, distinguir entre capitalistas, trabajadores por cuenta propia y asalariados,<sup>23</sup> y a veces aun establecer el grado de especialización que esconde cada denominación, pues frecuentemente una misma categoría engloba a distinto tipo de trabajadores.

De esta manera, la clasificación utilizada ha sido elaborada partiendo de los criterios elegidos, pero adaptándose a las limitaciones que impone la información disponible. Se ha recurrido a una serie de fuentes cualitativas que permitieron confrontar y completar la información cuantitativa, a la vez que comprender en un sentido más histórico las transformaciones que aparecen mencionadas en los censos (ver capítulo III).

La clasificación final que se adoptó incluye 30 categorías comprendidas por cuatro grandes grupos, correspondientes a las ramas primaria, secundaria y terciaria, y a las ocupaciones que no tienen rama conocida. Esta última categoría tiene particular relevancia en este caso, pues incluye a los peones y jornaleros, que no declaran a qué rama están asociados en el momento del censo y que constituyen un alto porcentaje de la población activa. No siempre resultó fácil asignar una ocupación a una rama determinada ya que en muchos casos una misma profesión u oficio pertenecía a la vez a distintas ramas. Tal era el caso de ocupaciones artesanales en las que quienes fabricaban los objetos a la vez los vendían, o de actividades consideradas primarias, como el tambero, que sin embargo también implicaba el ejercicio del comercio al menudeo por parte de los mismos productores. De tal manera, es necesario tener

en cuenta estas superposiciones cuando en el texto se hace referencia a las diferentes ramas.

En el caso de la rama primaria, se han tenido en cuenta los criterios señalados más arriba, que permiten distinguir por un lado a los trabajadores contratados de los trabajadores por cuenta propia y de los capitalistas. Más difícil en cambio es diferenciar entre estos dos últimos, ya que la categoría estancero y hacendado se utilizaba para designar tanto a grandes propietarios de tierras y ganados, como a *farmers* y a los dueños de animales en tierra ajena, que muchas veces podrían ser incluidos en la categoría de cuenta propia. La significación de estos últimos no debe ser minimizada, pues aunque su importancia económica era mucho menor que la de los grandes estancieros, en términos cuantitativos parecen haber tenido una presencia creciente en el período estudiado. Por otra parte, las categorías arrendatario, agricultor o chacarero en sí mismas no indican si el empresario es capitalista o trabajador por cuenta propia, de manera que tampoco en ese caso se puede estar seguro del tipo de relación que implica cada ocupación.

En cuanto a los trabajadores propiamente dichos, se los ha dividido en especializados y no especializados (peones), y entre los primeros se ha distinguido entre los agrícolas y los ganaderos. En el caso de todos estos es posible conocer por la denominación utilizada en el censo el tipo de relación que establecen con el capital, que puede asimilarse a la de los asalariados, aunque contractualmente no siempre es estrictamente así. Tal el caso de los puesteros o pastores, que muchas veces eran tomados como aparceros, pero en un tipo de relación que se asemeja básicamente a la asalariada.

En la rama secundaria se hace bastante más difícil seguir los criterios elegidos para clasificar a las ocupaciones. El problema principal se presenta con relación al primer criterio de relación con el capital, pues el censo no incluye esa especificación y en las denominaciones utilizadas no puede distinguirse al patrón de un taller que emplea numerosos trabajadores, de uno de sus asalariados, ni de un artesano independiente que tiene el mismo tipo de profesión. Se optó entonces por dividir las ramas en subramas, agrupándolas luego en siete categorías en función de la importancia y características de cada una de ellas, y distinguiendo sólo en un caso entre especializados y semiespecializados (confecciones). Sólo se ha separado de esta categorización de ocupaciones en subramas a aquellas que sugieren la posesión de un capital importante, que permiten distinguir claramente a los que están incluidos en ella de los trabajadores. A este grupo se lo ha denominado de los fabricantes.

En cuanto a la rama terciaria, hemos separado comercio de servicios, y dentro de cada grupo hemos tratado de distinguir por tipo de trabajador y calificación. En el sector comercio es muy difícil aislar cuantitativamente a los capitalistas de los cuenta propia, y aun de los dependientes, no siempre contemplados separadamente. En cuanto a los servicios, se ha efectuado una división en subramas, que permite distinguir ocupaciones predominantemente autónomas (profesionales,

artes y oficios) de otras claramente caracterizadas por la presencia de trabajadores asalariados, como en el caso del servicio doméstico. La categoría empleados del gobierno incluye sólo a un sector de los que efectivamente están a sueldo del estado, pues por ejemplo los maestros de escuelas oficiales no pueden distinguirse de los de escuelas privadas y se han clasificado conjuntamente en la categoría de profesionales menores, y los que se emplean como peones es posible que se declaren como tales en el censo sin especificar que lo son del estado. Además se ha incluido a los militares en esa categoría, ocupación difícil de precisar en épocas de guerras y levas constantes.

Finalmente, las ocupaciones agrupadas en trabajadores del transporte y comunicaciones presenta también serias dificultades, pues no puede distinguirse a patrones y trabajadores propiamente dichos dentro de las denominaciones allí incluidas.

Como se mencionó más arriba, el grupo sin rama conocida incluye mayoritariamente a los peones y jornaleros que no declaran en qué tipo de tareas están empleados, y que posiblemente dada su escasa especialización se muevan de ocupación en ocupación.

#### La estructura ocupacional según los censos

La información disponible en las fuentes censales sólo permite una aproximación al tipo de problema investigado en relación con la estructura ocupacional. Fue necesario recurrir a otro tipo de fuentes, tanto estadísticas como cualitativas, que ofrecen información relevante para el estudio de los trabajadores y del mercado de trabajo.

Sin embargo los datos censales brindan un cuadro de la distribución de la población activa en las distintas categorías ocupacionales, que no sólo permitió dimensionar cada una de ellas en los distintos momentos sino que además brindó información adicional sobre la composición por sexo y origen de la población empleada en cada ocupación.

Lamentablemente, como se señaló, no todos los censos traen el mismo tipo de información en sus cuadros sobre las ocupaciones de la población, de manera que se ha debido contemplar esas deficiencias al efectuar las comparaciones entre las diversas fechas disponibles. Así, para la ciudad sólo el censo de 1887 discrimina a la población en cada categoría. Para 1855 se usaron los datos sobre la estructura ocupacional que Lattes y Pötzner elaboraron sobre la base de una muestra del censo de ese año, aunque las categorías que ellos utilizaron no se corresponden exactamente con las empleadas en este trabajo.

El censo de 1869, si bien discrimina entre ciudad y campaña no trae los datos por sexo y origen, de manera que se recurrió a la muestra elaborando los tabulados correspondientes a estructura ocupacional sobre la base de la información que presenta esa muestra, y de acuerdo con la clasificación que interesaba para este trabajo.<sup>24</sup> La distribución ocupacional para el total de la población activa incluida en el censo publicado no coincide exactamente con la que surge de la muestra,

pero escapaba a los objetivos de este trabajo analizar esas discrepancias. Se optó entonces por usar la primera en el caso del cuadro IV, donde se consignaron los totales correspondientes a las distintas categorías ocupacionales, y la segunda en los cuadros 25 y 26, donde se incluye la composición por sexo y origen para cada categoría, en porcentajes sobre el total de la población ocupada.

En el caso de la campaña, los datos son aún menos comparables, de manera tal que para 1854 se posea la información sobre el origen de los ocupados en cada categoría pero no sobre el sexo, y a la inversa ocurre en 1881.

El cuadro IV resume la información censal disponible para ciudad y campaña separadamente. La clasificación ocupacional que se usa en cada caso se basa en la categorización original que se mencionó, pero se han agrupado algunas categorías que resultaban poco significativas en el contexto respectivo. Así, por ejemplo, se han reducido a tres las categorías correspondientes a la rama primaria en la ciudad, mientras que en la campaña se han fundido algunas categorías correspondientes a los sectores secundario y terciario.

NOTAS

- 1 Argentina, Primer Censo de la República Argentina, verificado en los días 15, 16 y 17/9/1869, Oficina del Censo, Buenos Aires, 1872.
- 2 Argentina, Segundo Censo de la República Argentina, 10 de mayo de 1895, Oficina del Censo, Buenos Aires, 1898.
- 3 Buenos Aires, Provincia, Censo General de la Provincia de Buenos Aires, 1883.
- 4 Buenos Aires, Provincia, Censo General de la Provincia de Buenos Aires, 1890.
- 5 Ciudad de Buenos Aires, Censo General de la Provincia de Buenos Aires, 1897, Buenos Aires, 1899.
- 6 Buenos Aires, Argentina, Censo agrícola pecuario de la provincia de Buenos Aires, 1856, Buenos Aires, 1898.
- 7 Buenos Aires, Provincia, Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires, 1854, Buenos Aires, 1857 respectivamente.
- 8 Alfredo Latte y Raúl Póster, *Muestra del censo de población de la ciudad de Buenos Aires de 1856*, Instituto Torcuato Di Tella, 1969, pág. 41.
- 9 Véase Alfredo Latte, *Evolución y ajuste de algunos resultados de los tres primeros censos nacionales de población*, Instituto Torcuato Di Tella, 1969.
- 10 En las tablas comparativas del censo de 1895, al referirse al de 1869, se toma a esa población como mayor de 14 años, pero el mismo censo de 1869 no dice nada al respecto.
- 11 En particular, se han utilizado: Zulma Recchini de Latte, *La población de Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella*, 1971; Zulma Recchini de Latte y Alfredo Latte, *Migraciones en la Argentina*, Instituto Torcuato Di Tella, 1969; y Alfredo Latte y Raúl Póster, *Muestra del censo de 1855*, 1968.

- 12 Se tuvo acceso a la mencionada muestra por gentileza de Alfredo y Zulma Latte, quienes proporcionaron a los autores todos los matices pertinentes y la guía de la preparación de los tabulados. La información fue procesada por el equipo de CEARADE en Santiago de Chile. Acerca de la muestra, véase: Somoya y A. Latte, *Muestra de los dos primeros censos nacionales de población, 1869 y 1895*, Centro de Investigaciones Sociales-Instituto Torcuato Di Tella, 1967.
- 13 Véase Zulma Recchini de Latte, "Población económicamente activa", en *Zulma Recchini de Latte y Alfredo Latte, La población en Argentina, 1875*, pág. 149, pag. 197.
- 14 Naciones Unidas, *Principios y recomendaciones relativos a los censos nacionales de población*, Serie M, 27, Nueva York, 1958; Susana Torrado, *Información socio-demográfica en América Latina*, Santiago de Chile, CEIADA, 1976.
- 15 Las diez grandes divisiones son: Agricultura, caza, silvicultura y pesca; Explotación de minas y canteras; Industrias manufactureras; Electricidad, gas y agua; Construcción; Comercio al por mayor y al por menor; Restaurantes y hoteles; Transporte, almacenamiento y comunicaciones; Establecimientos financieros, seguros, bienes inmuebles y servicios prestados a las empresas; Servicios comunitarios, sociales y personales; Actividades no bien especificadas.
- 16 Profesionales, técnicos y personas en ocupaciones afines; Directores y jefes de personal; Actividad no bien especificada.
- 17 Profesionales, técnicos y personas en ocupaciones afines; Gerentes, administradores y jefes de categoría directiva; Empleados de oficina y personas en ocupaciones afines; Comerciantes, vendedores y personas en ocupaciones afines; Agricultores, ganaderos, pescadores, cazadores, trabajadores forestales y personas en ocupaciones afines; Conductores de transporte y personas en ocupaciones afines; Artesanos y operarios en ocupaciones relacionadas con la hilandería; la confección del vestido y calzado; la carpintería; la industria de la construcción y otros artesanos y operarios; Obreros y jornaleros; Trabajadores en servicios personales y en ocupaciones afines; Trabajadores en ocupaciones no identificables o no declaradas; Miembros de las Fuerzas Armadas.
- 18 Naciones Unidas, *Methods of Analysing Census Data on Economic Activities of the Population*, New York, 1968.
- 19 W. A. Armstrong, "Social Structure from the Early Census Returns", en *The Study of Social Structure from Listings of Inhabitants*, para los problemas de la clasificación ocupacional en la sociedad postindustrial europea.
- 20 Jacques Dupâquier, "Problèmes de la codification socio-professionnelle", en *Liasons sociales. Sources et méthodes*, Paris, PUF, 1967.
- 21 Existen trabajos sobre otras regiones de América Latina en los que se han debido enfrentar problemas similares. Véase, entre otros, Estela María Lahmeyer-Lobo, *Historia de Río de Janeiro: do comércio ao comércio capital comercial*, Guanabara, Rio de Janeiro, IUPERJ, 1978; y María Luiza Marinho, *A cidade de São Paulo: Perfil de sua população*, 1750-1850, IUPERJ, 1966.
- 22 Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, Plus Ultra, 1961, págs. 218-219.
- 23 Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Rialp, 1955.
- 24 Cortés Conde, por el contrario, destaca el elevado número de trabajadores